

Colección
PUENTES



En tiempos
de **blogosfera**

ENSAYO

A decorative flourish consisting of symmetrical, flowing lines that curve upwards and then downwards, resembling a stylized floral or scrollwork design.

Ediciones Matanzas, 2019

ALINA LÓPEZ HERNÁNDEZ
(Matanzas, Cuba, 1965)



Profesora, ensayista y editora. Doctora en Ciencias Filosóficas y Miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba. Sus artículos y ensayos han aparecido en revistas cubanas y extranjeras. Es autora de los libros *Segundas lecturas: intelectualidad, política y cultura en la república burguesa*, Ediciones Matanzas, 2013 y 2015, (Premio Anual de Investigación Cultural 2014) y *El (des)conocido Juan Marinello. Estudio de su pensamiento político*, Ediciones Matanzas, 2014, (Reconocimiento especial de la crítica científica 2015). Entre los premios que ha recibido se encuentran el Temas de ensayo 2007, el Juan Marinello in Memoriam 2008, el Fundación de la Ciudad de Matanzas 2013 y el Anual de ensayo de la revista *Matanzas* 2016. Es miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba.

Para contactar con la autora: alinabarbara65@gmail.com

En tiempos
de **blogosfera**

ALINA LÓPEZ HERNÁNDEZ



Edición: *Leymen Pérez*
Perfil de colección y diseño: *Johann E. Trujillo*
Corrección: *Marvelis Díaz*
Composición: *Leonel Betancourt Álvarez*

© Alina López Hernández, 2019
© Sobre la presente edición:
Ediciones Matanzas, 2019

ISBN 978-959-268-509-3

Ediciones Matanzas
Casa de las Letras Digdora Alonso
Calle Sta. Teresa no. 27 e/ Contreras
y Manzano, Matanzas, Cuba.

e-mail: edicionesmatanzas@atenas.cult.cu

Para Mario, primer lector de estos
textos e inspirador de algunos de ellos.





Desde que Shakespeare escribió que el pasado es prólogo, muchos libros comienzan mirando atrás para explicar el presente. En Tiempos de Blogosfera no es la excepción, estos textos forman parte de la breve y tumultuosa historia del debate público digital en Cuba. Su contexto es el de un país que muchos lectores conocen a fondo, con las dosis de lucha nacional y viejos dogmas que nos trajeron aquí. Quien busque una lectura aburrida y complaciente, que abandone toda esperanza.

Las bitácoras personales llegaron a este país con el nuevo siglo, sus padres fundadores fueron estudiantes y periodistas precoces en internet. La diversidad de temas y tonos era (y es) visible en estas plataformas nacionales, pero su segmento político, al que nos referimos aquí, pronto acaparó la atención de muchos. Al terminar la primera década del siglo XXI ya existía una amplia brecha entre blogs opositores alentados por actores externos y blogs promovidos por el Partido Comunista para «multiplicar la verdad de Cuba». La polarización era centrífuga, a menudo sus protagonistas sacrificaban matices y objetividad con tal de garantizar una victoria a sus preferencias ideológicas.

El blog La Joven Cuba surgió a comienzos del 2010 junto a otras voces que no eran producto de una intención política sino de un fenómeno ciudadano espontáneo. Tres jóvenes profesores de la Universidad de Matanzas creamos este espacio para ponerle colores a una realidad que hasta entonces era mayormente descrita en blanco y negro. Así abogamos por un socialismo autóctono que no sucumbiera a las enfermedades de sus homólogos europeos del siglo XX,

pero terminamos visibilizando el espectro político de la izquierda cubana y sus distintas líneas de pensamiento.

Como podrán imaginar, tal práctica tuvo defensores y detractores desde un inicio. Mientras Raúl Castro promovía un cambio de mentalidad, nosotros vivíamos su necesidad. Gracias a la confianza de algunos funcionarios e intelectuales, sobrevivimos intentos de censura, acoso y demonización. Así llegamos a cinco millones de lecturas en nuestra web, siempre dependiendo de que la confianza de nuestros dirigentes fuera mayor que sus miedos.

Tomó años convencer a Alina López para que escribiera un texto en internet. Una de las tragedias nacionales ha sido contar con un sector profesional e intelectual sólido y que parte de este haya permanecido al margen del debate público en las redes. Las carencias tecnológicas y la subestimación del medio también hicieron lo suyo; pero en el momento más necesario se sentó a escribir su primer post.

Era septiembre de 2017 y la blogosfera vivía su momento más oscuro. La respuesta de algunos actores del Estado cubano a los efectos de la normalización de relaciones con Estados Unidos fue organizar, entre la primavera y el verano de 2017, una campaña contra lo que llamaron «centrismo». En lugar de convertirla en una lucha contra la ambigüedad política o los sectores que sin definirse como opositores eran cómplices de la política de cambio de régimen aplicada al país, utilizaron el calificativo a discreción, basados más en la obediencia a las estructuras de gobierno que al compromiso político.

La Joven Cuba fue incluida en la refriega. Cuando Silvio Rodríguez, Israel Rojas, Aurelio Alonso y otros miembros de la sociedad civil reclamaron, tuvo lugar quizás el mayor debate político doméstico desde la Guerra de los Correos.

Mientras Donald Trump comenzaba a arreciar, la prioridad veraniega parecía ser la nueva purga. La presión pública y las lluvias del huracán Irma apagaron la campaña, no sin dejar secuelas.

Alina es una intelectual excepcional que cualquier medio de opinión se enorgullecería de incluir. Mi insistencia de años para que se incorporara al debate digital era porque sabía necesaria su voz. Creo que accedió a escribir para un blog en internet con reticencia, como quien hace concesiones a su profesión, aunque pedirle que redujera sus textos era como exigir que escogiera entre sus hijas. Compartí su alegría cuando comenzó a recibir reacciones de los lectores y a construir el público que hoy espera leerla cada semana. No recibirá un premio internacional porque entiende las circunstancias del gobierno cubano, ni el reconocimiento de autoridades políticas nacionales que la hallarán demasiado crítica. Ella no escribe imaginando lo que otros quieren leer.

Los textos que encontrarán en este libro problematizan nuestra realidad sin concesiones. Se refieren a eventos históricos de los que hemos aprendido poco o nada. Abordan el peligroso desfase entre una parte del discurso político y la práctica cotidiana, sin temor a polemizar con otros autores.

Algunos lectores podrán preguntarse sobre el objetivo de esta crítica, o requerirán que se mencionen con más frecuencia los aciertos del proceso revolucionario, pero la autora tiene razones para tal énfasis. Su análisis debe compensar los silencios que han prevalecido en el discurso político y las limitaciones de un ecosistema de medios impedido de ejercer su función social. Alina está dispuesta a asumir esa carga, aunque la acusen de hipercrítica.

Sus artículos abordan las contradicciones de un país en revolución y los efectos de una mentalidad de trinchera.

Señala con acierto la vieja práctica de silenciar nuestros errores hasta que existan condiciones propicias para hacerlo, que nunca llegan. En La Cultura del Terrorismo, Noam Chomsky hace algo parecido al describir cómo el horror de los disciplinados intelectuales soviéticos respecto a los crímenes de Estados Unidos, contrastaba con su mirada benevolente a las culpas domésticas.

Este libro es un golpe contra la maldita circunstancia de tener tantos intelectuales al margen del debate público digital, porque se equivocan en subestimarlos, no tienen cómo llegar a él o están movidos por un errado concepto de la disciplina política que les hace guardar silencio. Es también un testimonio al talento de la autora y a la madurez de las instituciones que reconocen su valor.

Esta es la prueba de que Alina López decidió acompañar a un blog de jóvenes sin formación periodística, que asumió temáticas ignoradas por los medios tradicionales, con limitada capacidad tecnológica y bajo la fuerza centrífuga de tendencias políticas que exigen obediencia o condenan al ostracismo y el descrédito. La suya es una contribución honesta al diálogo cotidiano que tiene lugar en la esfera pública digital, refleja los anhelos de un pueblo que merece más de lo que tiene y cuyos intelectuales comienzan a mirar al futuro. El pasado será prólogo, pero el futuro lo hacen aquellos que, como ella, siguen el consejo del poeta: a mano y sin permiso.

HAROLD CÁRDENAS LEMA



La Joven Cuba y yo

Conocí a los editores del blog La Joven Cuba —Osmany Sánchez, Roberto Peralo y Harold Cárdenas— mientras trabajaba en la Universidad de Matanzas. Desde el principio valoré su empeño y lo mucho que han debido perseverar para mantenerse a costa de prohibiciones y desconfianza, ataques y etiquetas. A Harold en particular me une una entrañable amistad, de las que resisten al tiempo, la distancia y todo tipo de pruebas.

Me mantuve, sin embargo, como una lectora no muy sistemática del blog y rechacé con amabilidad sus solicitudes iniciales de colaboración. Reconozco sinceramente que me parecía un poco presuntuoso el convencimiento de aquellos muchachos en que el mundo de los medios digitales era la vía para proponer una transformación de la sociedad y la política cubanas que la prensa nacional no personificaba. Discrepé con Harold muchas veces y le advertía, casi sermoneando, que los medios que la gente consume masivamente son los que debían encabezar las transformaciones, que todos no pueden navegar por internet y que el tradicional periódico o los noticiarios televisivos tendrían que asumir una postura más crítica y activa, exigida incluso por la dirección del gobierno.

Casi una década ha transcurrido. El blog LJC cumplirá sus primeros diez años en el 2020. Yo también cumplí cada uno de ellos y he dejado atrás mi actitud de antaño. En la actualidad estoy convencida de que

por diversas vías se incrementa el número de cubanos que accede a internet: en sus lugares de trabajo, pagando las elevadas tarifas de conexión tanto en las zonas wifi como en los datos móviles, mediante los *paquetes* semanales, viajando a otros países, o con la solidaria costumbre de reenviar a través de cuentas y redes de amigos los artículos y noticias que consideran significativos.

Igualmente he renunciado a la esperanza de un cambio inmediato en nuestros medios de prensa, que parecen vivir en un aislamiento casi absoluto respecto a la realidad. Constaté también que saludables costumbres como la polémica, la contrastación de ideas y el debate de opiniones, desconocidos en la sociedad y en la mayoría de los medios nacionales, son normales en la blogosfera.

No necesitaba más para decir: *sí, acepto*; la próxima ocasión en que mi joven amigo me pidió un trabajo para su blog. Ahora me identifico con orgullo como una colaboradora habitual de LJC, que ya sobrepasa los cinco millones de visitantes. Cada semana hago un ejercicio de catarsis cívica y, sin pretender imponer mis criterios a nadie — eso no funciona así en la red de redes, con sus foros abiertos —, pago a mi conciencia una cuota de responsabilidad.

Antonio Gramsci, un marxista italiano que durante años fue invisibilizado en Cuba por la manualística soviética, recomendaba: «es mejor elaborar la propia concepción del mundo de manera consciente y crítica y, por lo mismo, en vinculación con semejante trabajo intelectual, escoger la propia esfera de actividad, participar activamente en la elaboración de la historia del mundo, ser el guía de sí mismo y no aceptar del exterior, pasiva

y supinamente, la huella que se imprime sobre la propia personalidad».¹ Eso he tratado de hacer desde que descubrí que es el único modo de destruir la cárcel en que podemos llegar a encerrar al pensamiento. Mis escritos para LJC son parte del proceso.

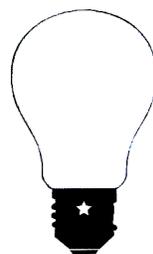
Este libro reúne una muestra de los trabajos que he publicado durante casi dos años. Son una especie de híbridos entre el ensayo breve y el artículo de opinión. No soy periodista sino historiadora. No he podido —ni querido—, evitar entonces que la historia sea, más o menos de forma explícita, una protagonista de mis reflexiones. Lo que escribo nace del conocimiento del pasado y de las aspiraciones y necesidades que tengo en el presente, quizás muchas de ellas compartidas con los lectores.

ALH
Matanzas, julio del 2019

¹ «Todos somos filósofos», *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Ediciones Revolucionarias, La Habana, 1966, p. 12.

El hombre no encuentra en su pasado sino lo que busca, y no busca sino lo que necesita, y no necesita sino aquello con lo que hará su futuro.

MAX SCHELER





La honestidad de la censura

He disfrutado siempre la lectura de los epistolarios; cartas cruzadas entre personas que seguramente no imaginaban que, siglos más tarde, su intimidad sería descubierta ante otros que no eran los destinatarios originales. Las cartas tienden a develar ese *sentido de época* que suele desaparecer con rapidez: ambientes, conflictos, aspiraciones individuales y de grupos. Cuánto me apenan los historiadores del futuro, pues la costumbre de escribirlas se ha perdido en tiempos de internet.

¿Y a qué vienen estos comentarios, pensarán con razón los lectores de LJC? Es que no puedo dejar de compartir con ustedes las opiniones que me ha suscitado una excelente selección de cartas —cuya edición realizo— que fueran enviadas y recibidas por el poeta, ensayista y dramaturgo matancero José Jacinto Milanés (1814-1863).

Sus interlocutores eran Domingo Del Monte, José Antonio Echeverría, Ramón de Palma, Anselmo Suárez y Romero, los hermanos José Zacarías y Manuel González del Valle, Cirilo Villaverde... en fin, una generación intelectual que, en el siglo XIX, gestó la literatura y la historiografía que pueden ser denominadas genuinamente cubanas. Pero lo que llamó mi atención es el modo en que se referían al mecanismo de censura habitual en la etapa.

La censura era obligatoria, y se ejercía tanto para representaciones teatrales como para obras literarias, la denominada censura de imprenta. Una vez censurados

los textos, sus autores debían eliminar de aquellos todo lo que el censor considerara «subterfugios políticos» o «supuestas amoralidades». En época de Milanés, ejercían como tales en La Habana, Ramón Medina – preferido por su mayor flexibilidad – y el implacable José Antonio Olañeta. Además, las capitales de provincia tenían sus propios censores para las representaciones teatrales, los cuales muchas veces eran más recalcitrantes que los habaneros.

Se quejaban los intelectuales, pero ello no los amilanaba. Aun en aquellas condiciones seguían creando. En carta a José Antonio Echeverría de septiembre 3 de 1838, dice Milanés: «he visto las cercenaduras que hizo la pluma censoril en el acto segundo y tercero de mi conde Alarcos. [...] Paciencia y barajar: quiero decir que no desmayemos por tan poca cosa y adelante con la idea».

La censura de imprenta, sin embargo, fue menos estricta con el mencionado drama *El Conde Alarcos*. Así le confirmaba Del Monte 4 de septiembre de 1838: «el suave Medina Rodrigo, no le ha quitado más que aquellos dos versos “Maldiga Dios a los reyes”».

Se referían a ella como *la Señora Censura*. Pero de manera práctica consideraban, como lo hacía Milanés en epístola a Del Monte el 30 de agosto de 1838: «conformémonos con lo que da el tiempo y no queramos estirar tanto la libertad que reviente».

Luchando con los *inconvenientes* de la censura, batallando con tachaduras y mutilaciones, esa generación intelectual le mostró a la monarquía española que entre la Península y la Isla existía una barrera cultural que, a su debido tiempo, se tornaría una barrera política y

generaría el inicio de un proceso independentista. Lo que le permitió hacerlo fue, además de sus convicciones y valores, el propio proceso que aparentemente existía para impedirlo. Al saber qué era lo censurado, lo prohibido, se podían llegar a decir muchas cosas, quizás con rodeos, es cierto, pero al final esos intelectuales cumplieron con su rol como conciencia crítica de su época.

No deberían existir límites a la creación y la expresión. Pero en el caso de que existan es lo correcto saber, con honestidad, cuáles son. Cuando se conoce qué es lo que no puede decirse es lógico asumir que todo lo demás está permitido. Las indefiniciones suelen conllevar a la cómoda postura de: ante la duda, abstente. Esa actitud acrítica, tan propia en nuestro medio, es absolutamente impropia de un sector que, por su preparación, debe servir de alerta a los políticos y a toda la sociedad.

La falta de transparencia que existe aquí, respecto a qué temas pueden ser abordados, dónde, quiénes, en qué momento; me provoca cierta nostalgia y hasta una sana envidia hacia aquellos creadores. Ante la falta de la honesta censura, pero cercados por todo tipo de prohibiciones, obstáculos y barreras indefinidas, hemos asumido la peor forma de censura, la que ejercemos contra nosotros mismos, la que conduce a la mutilación de nuestra capacidad para reaccionar. Corremos el riesgo de convertirnos en personas que deshonran su formación e inteligencia y de llegar a una condición que pocos como Juan Marinello describieran con tanto realismo, cuando en 1930 escribiera su ensayo «Sobre la inquietud cubana».

Ante la gestación estalinista, a este intelectual le preocupaba el problema de la libertad de creación bajo

el socialismo; ese tema, tan caro a la intelectualidad, fue el que generó las siguientes interrogantes:

Y, llegados a ese falansterio de nuevas proporciones y de nuevo tipo, ¿tendremos la libertad esencial, la que nos movió desde su encierro a echar abajo las dominaciones dolorosas? ¿No habremos entrado, queriendo salir de ella, en una cárcel de hierros invencibles porque todos seremos hierros en nosotros mismos?

Quizás con una censura honesta, o en su defecto con una ley de medios, logremos evitar ser hierros en nosotros mismos y podamos romper, de una vez por todas, esa cárcel terrible que es la autocensura.



El 68: continuidades y rupturas

El 10 de octubre de 1868 fue el momento en que la nación cubana demostró que las fronteras culturales no constituían ya barreras suficientes frente al dominio de España, a la que habían dejado de considerar desde mucho antes como *madre patria* y percibían solo como metrópoli expoliadora. Era ineludible erigir fronteras físicas, resumidas en un estado-nación, entre la Isla y la Península. Y es ante ese imperativo, que la decisión de Carlos Manuel de Céspedes de declararse en armas contra el yugo español simbolizará el grito insumiso de los cubanos por su independencia.

Es costumbre que los países que debieron combatir por su soberanía suelen conmemorar el inicio de sus respectivas gestas emancipadoras. Cuba tiene una particularidad, pues reivindica un proceso revolucionario de mediados del XIX como parte inherente de las transformaciones que se produjeron casi cien años después.

En 1968, al celebrar el centenario de aquellos hechos, Fidel Castro pronunció un discurso donde afirmaba que la revolución en Cuba era una sola, iniciada con el Alzamiento de la Demajagua y que se extendió hasta el triunfo de 1959.

Esa imagen de continuidad es válida si la juzgamos como un acto de legitimación que se arroga una matriz histórica de larga duración, en la que se muestra que los habitantes de Cuba habían luchado, desde aquel acto inicial, para que ella fuera independiente de cualquier

potencia, libre de cualquier absolutismo, próspera, cívica y humanista. Sin embargo, la idea de una sola revolución no debe ser literalmente aceptada, y mucho menos si esta ofrece la perspectiva de una transmisión generacional sin conflictos a lo largo de más de un siglo. Quien así lo hiciera corre el riesgo de incurrir en una grave injusticia histórica.

No debe olvidarse que a mediados de la tercera década del pasado siglo tuvo lugar un proceso de fractura generacional que ajustó cuentas con su pasado reciente cuando un grupo de jóvenes intelectuales, y en poco tiempo amplios sectores de la sociedad, rechazaron lo que Joel James denominara con acierto «el monopolio político del mambisado»¹ y sus principios rectores: caudillismo y dependencia.

Aquellos *generales y doctores* que dirigieron la república, y que decepcionaron al pueblo cubano por «su latrocinio sin límites y su política sin honor»,² habían sido también los revolucionarios del 95, y algunos lucharon en las tres guerras por la independencia. Por ello ejercían una «ascendencia mágica» —según palabras de James—, sobre la política cubana y por eso la juventud debió «desembridarse de la guía de los viejos caudillos» y «rechazar la instrumentación por la cual esta se realizaba».³

Ese rechazo se materializó en el enfrentamiento a la dictadura de Gerardo Machado, un general del 95.

¹ Joel James Figarola: *Cuba 1900-1928. La República dividida contra sí misma*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1976, p. 265

² Juan Marinello: Discurso del 7 de diciembre de 1923. Scropt Books, Recortes 1923-1924 (Biblioteca Memorial «Juan Marinello»).

³ Joel James Figarola: Op. cit., p. 265.

Tal desaprobación inició un proceso revolucionario conocido como Revolución del Treinta, que si bien no logró el objetivo esencial de sacar la economía cubana de la órbita estadounidense en que continuó moviéndose, en parte por la desunión de las diferentes fuerzas políticas actuantes; sí generó una cadena de transformaciones y un nuevo período en la historia insular, del que brotarían una avanzada constitución, nuevos actores políticos y organizaciones, una sociedad civil más comprometida con el país, y transformaciones en el perfil cultural y simbólico de la nación.

Ignorar esa interrupción del proceso revolucionario, como se hace al afirmar que la revolución es una sola desde 1868 hasta hoy, es algo inaceptable. La historia ha demostrado con creces que el desarrollo no solo se manifiesta en las continuidades, sino también en las rupturas. Fue precisamente de esa ruptura que emergieron los actores políticos que protagonizaron más adelante la lucha contra la dictadura batistiana.



La revolución contra todas las revoluciones

Las revoluciones pueden derivar en caricaturas de sí mismas cuando dejan de ser proyectos colectivos, o más bien, colectivamente dirigidos. Las formas de gobierno autocráticas y personalistas, lastre de cualquier revolución, fueron parte de la herencia del colonialismo a los pueblos de América Latina.

Esta problemática, aún vigente, era muy fuerte en tiempos de Martí. En algunas naciones donde vivió, constató lo dañino del caudillismo de los jefes militares, algunos grandes héroes durante la guerra que, una vez culminada, se habían convertido en dictadores. Tales fueron los casos de Justo Rufino Barrios en Guatemala y de Antonio Guzmán Blanco en Venezuela. De ahí su exhortación: «Una revolución es necesaria todavía: ¡la que no haga Presidente a su caudillo, la revolución contra todas las revoluciones! [...]».¹

A mediados del XIX proliferaron en Latinoamérica, en un marco de exaltación nacionalista, las biografías dedicadas a libertadores y próceres independentistas. En ese contexto fue muy influyente el escocés Thomas Carlyle. En sus conferencias de 1841, *Sobre los héroes, el culto a los héroes y lo heroico en la Historia*, expuso su tesis de que todo avance se debía a la acción que ejercen en las sociedades los hombres cumbre.

¹ «Alea Jacta Est», *El Federalista*, México, diciembre 7 de 1876, t. 6, p. 360.

Estas ideas lo vincularon con el filósofo norteamericano Ralph Wald Emerson. Para ambos, la misión de dirigir los movimientos colectivos competía a los hombres que conquistaron un sólido prestigio. El trascendentalismo, corriente filosófica de la que se da la paternidad a Emerson, se considera una síntesis entre la religiosidad puritana y el idealismo romántico. Sin ser un trascendentalista, Martí tuvo gran influencia del mismo, de ahí que su concepción del héroe responda a un conjunto de elementos relacionados con los pensadores anteriores y que había reforzado el romanticismo: grandes virtudes, sacrificio sin límites, renuncia a cualquier recompensa que no fuera el cumplimiento de la misión heroica, anonimato, e incluso, soledad y aislamiento.

Los portaestandartes de las revoluciones eran muy importantes para Martí, sin embargo, una vez ganadas, opinaba que las naciones debían ser dirigidas por hombres que dejaran de verse como héroes y priorizaran un proyecto social. En ese sentido no era ingenuo respecto a las ambiciones personales de los que detentaban el poder político, «¿qué tiene el poder, que envenena las mejores voluntades?».²

Su análisis de la Guerra de los Diez Años le hizo apreciar cuánto había influido el caudillismo en su fracaso. Por ello, en misiva a Gómez insistía:

¡Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento; [...] ¿Qué somos, General?, ¿los servidores heroicos y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de

² Carta al Director de *La Nación*, N. Y., enero 3 de 1887, t. 11, p. 134.

un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo, para enseñorearse después de él?³

Le alarmaba la tendencia de los militares a formar grupos basados en lazos de fidelidad forjados en la contingencia de los combates, pues ocurría que, ya en tiempo de paz, continuaban inclinándose más a las conveniencias del grupo que a las nacionales: «Todo poder amplia y prolongadamente ejercido, degenera en casta. Con la casta, vienen los intereses, las altas posiciones, los miedos de perderlas, las intrigas para sostenerlas».⁴

Criticó a los pueblos por su tendencia a endiosar a los líderes y conferirles poderes sin límites, casi absolutos; aunque comprendía las motivaciones que conducían a esas actitudes: «Las grandes personalidades son como cimientos en que se afirman los pueblos. Pueblo hay que cierra los ojos a los mayores pecados de sus grandes hombres, y necesitado de héroes para subsistir, los viste de sol, y los levanta sobre su cabeza».⁵ Por ello alertaba: «Un pueblo no es la voluntad de un hombre solo, por pura que ella sea, ni el empeño pueril de realizar en una agrupación humana el ideal candoroso de un espíritu celeste, ciego graduado de la universidad bamboleante de las nubes».⁶

³ Carta al General Máximo Gómez, N. Y., octubre 20 de 1884, t. 1, pp. 177-180.

⁴ Carta al Director de *La Nación*, N. Y., enero 19 de 1883, t. 9, p. 340.

⁵ *Ibidem*, agosto 3 de 1885, t. 13, pp. 81-82.

⁶ José Martí: «El tercer año del Partido Revolucionario Cubano». (Citado por Ibrahím Hidalgo en: *El pensamiento político de José*

Cada época y generación traen consigo maneras particulares de interpretar a las fuentes y luego reescribir, rehacer la historia partiendo de sus intereses, cuestionamientos, capacidades o limitaciones. En los años veinte del siglo pasado fue crucial el rescate del antimperialismo martiano, era lo que necesitaba la patria. Martí es fuente esencial para los cubanos, dejémoslo de ver como objeto de adoración, impugnemos al Martí de mármol o de bronce y asumamos su ideario político vivo. Hacer eso fue lo que le confirió un carácter revolucionario a los jóvenes del veinticinco. Develemos al Martí que necesita la patria ahora.

Martí. Estructura e interrelaciones de sus componentes fundamentales [Inédito] p. 23).



Ser y parecer

«Lo esencial es invisible a los ojos», dice el adorable Principito de Antoine de Saint Exúpery. «Quien lleva mucho dentro necesita poco afuera», aconsejaba Martí a la pequeña María Mantilla. «Es mejor ser que parecer», reza un antiguo proverbio. Frases ciertas. Pero lo que es una verdad para la literatura, la moda o la vida, puede no serlo para la política. En política nada debe ser invisible a los ojos, se necesita por igual adentro y afuera; en fin, hay que ser y parecer.

Una constitución confeccionada por el pueblo debe parecer eso. No basta con un equipo de trece personas que elaboró el Proyecto de Constitución durante varios años, una comisión de treinta y tres que la revisó y transformó durante pocos meses, un buró político que la analizó por cuatro días, y una Asamblea Nacional de 605 diputados que la debatió por apenas un día y medio.¹ El pueblo, en cada uno de sus ciudadanos, debió ser protagonista del proceso desde su génesis. Nuestros criterios debieron emerger desde el primer momento y más cuando se trata de una reforma total de la Constitución vigente. La rauda aprobación del documento por la Asam-

¹ Pues de los cinco días en que sesionó la Asamblea se dedicaron dos al «estudio individual» de los diputados, además de que se trataron cuestiones internas, se informó sobre la liquidación del presupuesto del Estado del año 2017, se presentó el nuevo Consejo de Ministros y se hizo una extensa presentación del Anteproyecto.

blea da la sensación de una barrera entre los dirigentes —políticos y diputados— y los ciudadanos. Incluso, la anunciada y posterior consulta popular desconoce la participación de la ciudadanía como activa y solo le confiere un papel secundario y casi ritual.

Una escueta nota de la Agencia Cubana de Noticias informaba: «Las diez Comisiones Permanentes de la Asamblea trabajarán a puerta cerrada desde hoy miércoles hasta el viernes, antes de la plenaria —prevista del 21 al 23 de julio— donde se debatirán las actualizaciones de la Carta Magna vigente». Esta actitud, que separó los debates de la Asamblea del pleno conocimiento y la participación popular directa, al televisar solo algunos resúmenes, contrasta con otros procesos constitucionales en nuestra historia.

La Asamblea que conformó la primera constitución republicana, de 1901, trabajó durante largos meses. Las sesiones fueron intensas y la mayoría públicas. La presencia de espectadores sirvió de caja de resonancia para los debates, efectuados en el teatro Irijoa, actual Martí. El público, que asistía desde palcos y balcones, participaba aprobando o condenando las intervenciones de los constituyentes. Muchas veces el Presidente de la Constituyente tuvo que amenazar con expulsar a los presentes por las manifestaciones de apoyo o rechazo a alguna intervención.

La prensa también fue protagonista, y daba a conocer tanto las opiniones de los políticos como las de los lectores. Publicaciones como el *Diario de la Marina*, *La Lucha*, *La Discusión*, *Patria*, el estrenado *El Mundo*, y otros de la capital y del resto de Cuba ofrecían resúmenes diarios de lo discutido en la convención. El periódico

La Discusión, por ejemplo, en su sección «Asamblea Constituyente», publicaba un resumen de los debates de la noche anterior.

Las cartas y telegramas sobre el tema inundaron los periódicos, muchas veces con copia a la Asamblea. De esta forma, la construcción de la Constitución que normaría la vida republicana fue calando en la opinión pública como ejercicio ciudadano, abierto al debate, en el que de una forma u otra pudo participar buena parte de los cubanos interesados en los destinos de su patria.

El proceso que dio lugar a la Constitución de 1940 fue muy superior. Había existido una revolución de por medio. Las sesiones también fueron públicas y la prensa seguía cada día lo acontecido, entrevistaba a ciudadanos, políticos, intelectuales y especialistas en Derecho. Sin embargo, lo que distinguió a este período de debates fue el rol desempeñado por la radio, que vivía su época de oro. Esta tuvo el derecho a transmitir, a micrófono abierto, todas y cada una de las sesiones de la Asamblea Constituyente. El propio Partido Comunista, recién legalizado, la apreciaba como el medio de propaganda por excelencia, pues: «la Radio, cuya baratura la pone hoy al alcance de las familias más modestas, llega diariamente a todos los rincones de un país, desde el palacio de un millonario a la choza de un pastor».²

Y a todos los rincones de Cuba llegaron las controversias de la Asamblea Constituyente. Por si fuera poco,

² Juan de los Ríos: «Arte y Política», en *Noticias de Hoy*, 15 de mayo, 1940.

en los parques de poblados, pueblos y ciudades, fueron ubicados altoparlantes para que los ciudadanos pudieran escuchar la programación radial que informaba, minuto a minuto, de los debates.

La riqueza y seriedad de las discusiones, unidas a la preparación teórica y jurídica de los delegados puede constatarse por cualquier persona que solicite el *Diario de Sesiones de la Asamblea Constituyente de 1940*, dos enormes tomos disponibles en muchas bibliotecas de Cuba.

Es cierto que la Constitución vigente desde 1976 no concibe una Asamblea Constituyente, y determina como único órgano con capacidad legal para esto a la Asamblea Nacional del Poder Popular. Aun así, no se justifica que las dos constituciones elaboradas en la República burguesa, con tener ese carácter, *parecieran* más cercanas al pueblo que el actual proceso de gestación de una Constitución socialista. Como afirmara un especialista en Derecho Constitucional: «lo más importante es colocar al pueblo en el lugar de la decisión, no solo final, sino en todos los momentos del proceso de creación, porque esta será la garantía de la legitimidad de la constitución y de su armonía ética con las aspiraciones sociales de la mayor cantidad de personas posibles».³

En una época en que la revolución de las comunicaciones ha convertido al mundo en una aldea global no se necesitaría abrir, literalmente, las puertas del parlamento, ya bastante hacinado. Habilitar altoparlantes

³ Julio A. Fernández Estrada: «Una constitución a la medida del futuro», <https://cubaposible.com/una-constitucion-la-medida-del-futuro-nuevos-derechos-nuevas-instituciones-nuevas-utopias/>.

y radiar las sesiones sería un anacronismo. Sin embargo, televisar todas las sesiones en vivo; publicarlas en los sitios de internet; habilitar teléfonos y un sitio web para que el que desee pueda votar, párrafo a párrafo, en tiempo real (como se hace con los Premios Lucas, o en Telesur) y constatar los resultados de la votación, también en tiempo real, o proponer modificaciones; esos serían mecanismos actuales que podrían lograr que nuestra nueva Constitución no solo sea, como nos juran, del pueblo y para el pueblo; sino que también lo parezca.



Legado incompleto

El primer Partido Comunista de Cuba no pudo conocer de cerca el período inicial de la Revolución Socialista de Octubre, el más rico en polémicas y concepciones opuestas. Cuando se funda, en agosto de 1925, ya habían transcurrido casi ocho años de la toma del Palacio de Invierno y más de uno de la muerte de Lenin. En consecuencia, el movimiento comunista cubano comienza sus relaciones formales con los soviéticos precisamente cuando se estaba incubando el modelo estalinista.¹ Muchas de las características que tuvo ese Partido en la Isla —la creencia en que era dueño de una verdad absoluta; su fidelidad a una línea inmutable, especie de *leit motiv* que vaciará de dialéctica su interpretación del devenir histórico; la disciplina a costa del ejercicio sincero del criterio—, debidas a una interpretación

¹ Estas «relaciones» serán bastante intermitentes en los primeros años. [Véase Angelina Rojas, *El primer partido comunista de Cuba*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2003]. A ello habría que agregar que el interés de la Tercera Internacional por América fue muy escaso en el período, pues los funcionarios de dicha organización centraban su interés en los países atrasados de Asia. Esto se modificó luego del VI Congreso (Moscú, julio-septiembre de 1928) cuando se previó la inminencia de una situación revolucionaria como consecuencia de la crisis que debía enfrentar el capitalismo. Así fue que se organizó la primera Conferencia Comunista Latinoamericana, luego se crearían el Buró Suramericano de la Internacional Comunista y el Buró del Caribe, al cual se adscribió el PCC.

mecanicista del marxismo y a la herencia estalinista, fueron transmitidas al nuevo Partido Comunista cuando en 1965 se unificaron las fuerzas que habían resultado vencedoras en 1959.

No obstante, algo del legado faltó: la actitud del legislador comunista de la vieja república. Se olvida con frecuencia en el enjuiciamiento que solemos hacer del pasado, que los comunistas cubanos fueron, junto a los de Chile, los que más influyeron en la política de sus naciones de este lado del hemisferio, pues fue exclusivamente en esos países donde llegaron a participar en el Senado y la Cámara. Esto jamás ocurrió en los Estados Unidos a pesar de la reivindicación que hacen de su tradición democrática.

Hubo legisladores comunistas de todas las procedencias sociales, niveles de escolaridad —Juan Marinello, doctor en Derecho Público, Civil y Letras, o el zapatero Blas Roca, por citar un ejemplo—, y color de la piel —entre los senadores y representantes negros o mestizos pueden mencionarse a Blas Roca, Salvador García Agüero y Jesús Menéndez. Hubo incluso una mujer, Esperanza Sánchez Mastrapa.² Los identificaba a todos su capacidad y elocuencia, la valentía en las intervenciones y la costumbre de participar activamente en los debates. Podían improvisar un extenso discurso sin necesidad de escribirlo. Algunos de ellos, como Juan Marinello o Salvador García Agüero, eran reconocidos

² Miembro por el Partido Unión Revolucionaria Comunista de la delegación a la Asamblea Constituyente de 1940. Mulata y maestra normalista. Defendió a César Vilar en las filas del Partido y ello le hizo perder toda connotación política.

hasta por sus contendientes ideológicos entre los más respetados oradores del Congreso, y ambos fueron vicepresidentes del senado por sus condiciones excepcionales y su prestigio.

Tampoco esperaban pasivamente a que les presentaran leyes o decretos para su aprobación. Desde la oposición o desde el gobierno —entre 1940 y 1944 formaron parte de la coalición gobernante— ellos desarrollaron una intensa actividad legislativa. Juan Marinello propuso y logró que se aprobara una ley, conocida como Ley Marinello, para la supervisión del Estado sobre la enseñanza y los libros de texto en las escuelas privadas. En 1941 el Partido Comunista propuso un proyecto de Ley de Protección a los Artistas Cubanos, que fue presentado a la Cámara de Representantes para procurar la preponderancia de los artistas nativos sobre los extranjeros. Los senadores y representantes comunistas aportaban leyes, mociones y ponencias dirigidas a disímiles asuntos: creación de escuelas de enseñanza artística, mejorar las carreteras y caminos, e incluso erigir un busto a Roosevelt.³

A pesar de su militancia política y su fidelidad ideológica, cuando se desempeñaban como legisladores se convertían en portavoces de las necesidades y aspiraciones de los habitantes de las provincias por las que resultaban electos. Marinello fue un activista incansable por los intereses de Las Villas, provincia que siempre lo escogió entre sus senadores y a la que hacía visitas muy frecuentes en calidad de tal.

³ Ver: Papelería del Senado, Fondo Manuscrito Juan Marinello, Sala Cubana, Biblioteca Nacional José Martí.

Es justo reconocer, sin embargo, que los legisladores comunistas tenían algunas ventajas respecto a sus homólogos actuales: primero, sesionaban permanentemente, de ahí su entrenamiento constante; segundo, tenían contendientes ideológicos que los obligaban a ser convincentes en sus opiniones ya que no existían criterios unánimes. En consecuencia, ellos se pueden contar entre los mejores y más capaces de aquella época.



Lo novedoso

Ante el debate en el Congreso de la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC) de la nueva política de comunicación que se instituirá, me gustaría aportar algunos criterios. La situación de la prensa cubana es incoherente en muchos aspectos. Nuestra Constitución norma la existencia del PCC como Partido único; sin embargo, dada la enorme cantidad de órganos oficiales de prensa que posee el mismo, tal parece que coexistiera en un escenario interno de extrema hostilidad ideológica, lo que es desmentido a su vez por las declaraciones de los dirigentes que patentizan su confianza en el apoyo del pueblo a la revolución. Además del periódico *Granma*, existe un órgano oficial del Partido en cada provincia, para un total de quince, y prefiero ser cautelosa pues ignoro si en las provincias *experimentales* de Artemisa y Mayabeque también se establecieron.

A todas luces es innecesaria esa abundancia de órganos oficiales, pero lo peor es que cada uno de ellos es financiado por el presupuesto del Estado, es decir por todos y cada uno de nosotros. ¿Es justo que un país con una situación económica tan compleja como Cuba deba derrochar en proporción semejante, a pesar de que los requerimientos al ahorro son constantes en el discurso político?

Se comenta que la nueva política de comunicación atenderá el tema de la financiación de los medios al buscar alternativas que generen ingresos por vía de la

publicidad y el patrocinio, sin que ello signifique la retirada del presupuesto estatal. Me parece excelente que empecemos a dar ejemplo de prudencia en los gastos, pero no debemos pensar que ello es una novedad, sino el rescate de un modo de hacer.

Al reivindicar como propia la raíz marxista del primer Partido Comunista, se debe recordar que su órgano oficial fue el diario *Noticias de Hoy*, cuya aparición data de mayo de 1938.¹ Este no incurrió en la puritana costumbre implementada por sus sucesores, que consideraron una blasfemia mezclar ideología y publicidad. El viejo periódico comunista se subvencionaba por diversos medios: por suscripción popular en menor medida —mediante la venta de certificados de ayuda, por valor mínimo de cinco pesos—, y por publicar anuncios de productos y servicios, especialmente de empresarios y profesionales cubanos.

Entre los productos que más se anunciaban mencionaremos a Cerveza Tropical, Cerveza Guinness Cabeza de Perro, Cerveza Cristal, Maltinas Tivoli y Trimalta, Cigarros Trinidad y Hno., Tabacos La Marca, Camisas Perro, Ropa de hombres El Zorro, Amplificadores LA-UZ, Jarabe anticatarral Majín, Fenaspirina...

Por su parte, la gama de servicios que se divulgaba era muy amplia, algunos ejemplos son: Casa Ruiz: Compra y venta de muebles; Tiendas como El Encanto, La Internacional y Fin de siglo; Salón de Barbería de Rogelio Suárez; Basilio Casanova: Sastre Modelista;

¹ En 1953 desapareció, como resultado de la ilegalización del Partido Comunista, para reaparecer en 1959; así se mantuvo hasta 1965, cuando se funde con *Revolución y Adelante* para dar paso a *Granma*.

Ópticas Iglesias y Royalt; Panadería y Dulcería La Guarina; Cooperativa de ómnibus; Unión Latina: Cía. de Seguros; Fotos Lorenz; Distribuidora Dalia: de las revistas *Carteles*, *Bohemia*, *Vanidades* y *Cinema*. Por si fuera poco, también anunciaban la Lotería Nacional.

Aunque al inicio no tenía medios técnicos propios, los ingresos obtenidos le permitieron al diario tener su propio taller de impresión, ubicado en Desagüe números 108 y 110, Apartado no. 2422, Dirección Telegráfica: Noti-Hoy, Habana.² *Noticias de Hoy* se dirigía a un público amplio, su precio era de dos centavos y tenía dos ediciones diarias, una en la mañana y otra vespertina, con cierre a las 3 p. m. Comenzó con un total de diez páginas, y osciló entre ocho y doce hasta 1946, cuando permaneció con esta última cifra. El 10 de marzo de 1940 iniciaron la publicación de un suplemento cultural denominado *Magazine de Hoy*, con impresión policromática de gran calidad.³

Todo esto nos permite afirmar — con una terminología al uso —, que *Noticias de Hoy* fue una publicación «próspera y sostenible». Y lo fue sin dejar de defender su ideología y de enfrentarse y criticar los males de aquella época.

La ideología no está reñida con la publicidad, es más, si la empresa privada en el capitalismo no opuso reparo alguno en anunciarse en la prensa comunista, considero que la prensa comunista del socialismo no debe

² Yinela Castillo y Lisset Hevia: «La política cultural del Partido Comunista de Cuba reflejada en el periódico *Noticias de Hoy* (1938-1948)», Trabajo de Diploma en opción al título de Licenciado en Estudios Socioculturales, Universidad de Matanzas, 2011. [Inédito].

³ *Ibidem*.

oponerse a que los propietarios privados utilicen sus espacios. Esto debería instrumentarse tanto en el único órgano oficial, *Granma*, como en los periódicos de todas las provincias, que dejarían de identificarse como órganos oficiales del Partido. En todos los casos se podría mantener un apoyo del presupuesto estatal para los mensajes y campañas de bien público, pero la mayor parte de los egresos serían asumidos por las propias publicaciones.

Esta ojeada al pasado permite constatar que lo novedoso en la política de comunicación no sería jamás la admisión de la publicidad y el autofinanciamiento de la prensa. La real novedad tendrá que derivarse de la protección legal y laboral a los periodistas y profesionales de la comunicación que ejercen su trabajo. Debería ser la existencia de normativas que les permitan acceder a la información sin pasar por tantos filtros oficiales que, a fin de cuentas, la obstaculizan. Se debe reconocer el anonimato de sus fuentes como es habitual en otros contextos, incluso en el nuestro que consiente el anónimo como fuente de investigación. Deben determinarse con claridad los asuntos objeto de censura, pero estos deben ser mínimos: la entrada a objetivos militares y el uso de documentos de seguridad nacional, entre los pocos que pudieran constituirse en barreras a una indagación periodística.

Todo lo anterior es una quimera sin que se recoja en un marco legal y sea refrendado en la Constitución. Habrá que esperar en consecuencia a que sea concluido el proceso que generará la nueva Ley de Leyes para saber en verdad si el término novedosa se pueda adjudicar a la política de comunicación que se debate en el congreso de la UPEC.



Lecciones de tolerancia

La película *Trumbo: La lista negra* es un buen ejemplo del auge de la represión ideológica en Estados Unidos. La considerada meca de la democracia y la libertad de expresión tuvo en la época de la segunda posguerra su peor momento.

Muchos estadounidenses se habían afiliado a las filas comunistas desde fines de los años treinta y primera mitad de los cuarenta. Eran amplios sectores sociales que sufrieron la crisis económica en la etapa de la gran depresión, que no se habían recuperado por completo de sus pérdidas y que se sintieron atraídos por una prédica que se despojaba cada vez más del sectarismo original.

Especialmente bajo la dirección de Earl Browder, el Partido Comunista de Estados Unidos asumió una postura que consideraba que el propio desarrollo del capitalismo debería tender a un cambio futuro de sistema por vía pacífica. La colaboración con la URSS en un frente aliado contra el fascismo que logró una contundente victoria, le hizo concebir una actitud que será definida como revisionista poco después por el propio movimiento comunista internacional con centro en Moscú.

La luna de miel de los aliados concluyó casi al mismo tiempo que la guerra, y las tensiones en el ocupado Berlín agudizaron el conflicto. Fue así que aquellos que habían entrado a las filas comunistas norteamericanas

empezaron un largo calvario que se extendió por una década, desde 1947 hasta 1957. Miles de personas: docentes, artistas, soldados e incluso funcionarios fueron despedidos, vigilados, obligados a declarar ante la creada Comisión Para las Actividades Comunistas. El solo hecho de una posición ideológica afín era motivo para ello, lo que contradecía la primera enmienda de la Constitución norteamericana que proclama la libertad de pensamiento, expresión y asociación.

Aun así, desde septiembre de 1947 diecinueve personas fueron citadas a Washington para declarar ante la referida Comisión. Era apenas el principio. En 1949 se llegó a hablar de enviar los comunistas a campos especiales. Se hizo famosa en la etapa el eslogan: «El único comunista bueno es el comunista muerto».

El caso más renombrado por los medios fue el de *Los diez de Hollywood*, que cumplieron prisión por su ideología. El aludido filme se centra en la figura del guionista Dalton Trumbo, ganador de varios premios Oscar, uno de los reprimidos hasta el punto que no pudo volver a firmar un guion con su nombre durante casi diez años.

Pero al observar la película, al tiempo de conmoverme con los conflictos políticos y humanos que ella denunciaba, no podía dejar de enorgullecerme de la historia de mi país. Cuba, que estuvo durante más tiempo que el Continente bajo el absolutismo de una monarquía que no propició en nosotros prácticas democráticas. Que estuvo por casi un cuarto de siglo bajo la impuesta *tutela* de su poderoso vecino con una enmienda que limitaba su libertad como Estado. Que había sufrido una dictadura desde fines de los años veinte, de la cual

se libró con la fuerza de un proceso revolucionario que afectó su constitucionalidad... Era ese país el único de nuestra área en que el respeto a todas las zonas ideológicas pesó más que la geopolítica mundial, escindida entre el capitalismo y el naciente campo socialista.

En 1948, mientras miles de norteamericanos eran reprimidos por sus ideas comunistas, el vicepresidente del senado de la República de Cuba era el presidente de los comunistas cubanos. Cuando Trumbo y sus amigos estaban en una cárcel y luego tocaban infructuosamente a las puertas de los estudios, en esta Isla los comunistas tenían un diario, una revista, una editorial, una librería, una agencia de viajes... Claro que la guerra fría se sintió en Cuba, ¿dónde no?, pero jamás llegó a los extremos antidemocráticos que se vivieron en el país norteamericano.

En 1950, cuando la guerra en Corea exacerbaba aún más la situación de los comunistas norteamericanos y el senador McCarthy bautizaba un modo de hacer; Juan Marinello, comunista, congresista de la República de Cuba, hacía una visita al campo socialista y al regreso dictaba dos charlas que fueron recogidas en el libro *Viaje a la Unión Soviética y a las Democracias Populares*.

Después de todo, los gobiernos títeres de Grau y Prío no lo fueron tanto como repiten los libros de texto. Sería muy saludable difundir esto y hasta quizás realizar una película de esa parte de nuestra historia olvidada. Claro, no sería sobre una lista negra, sino sobre el respeto a todas las ideologías que existió en este país, pequeño solo en extensión.



¿Fines sin medios o medios sin fines?

El consejo de Nicolás Maquiavelo a su príncipe: «el fin justifica los medios», asume el pragmatismo a ultranza por encima de cualquier principio, aun los éticos. No siempre el fin justifica los medios, pero sí debe existir correspondencia entre ellos. La coherencia, en el campo de la política, es una virtud.

La decisión de eliminar de los artículos del proyecto de Constitución la aspiración de llegar al comunismo, debe ser analizada como un cambio trascendental en los principios del Partido Comunista de Cuba, que, no obstante, se mantiene en el artículo 5 del aludido proyecto como «la fuerza dirigente superior de la sociedad y del Estado».

Muy poco trascendió de los debates en la Asamblea Nacional sobre ese aspecto, sin embargo, lo observado fue suficiente. A continuación transcribo el intercambio televisado entre un diputado y el presidente de la misma Esteban Lazo.

Diputado (no identificado en el fragmento televisivo):

En la Constitución del 76, la anterior, el artículo 5 habla de la construcción del socialismo y el avance hacia la sociedad comunista, y hoy estamos detenidos, o nos detuvimos, en la construcción del socialismo.

Esteban Lazo: Hay un problema importante que explicaba ahora el compañero Andollo, hay muchas

cosas que en el año 76... el país vivía una situación totalmente diferente, incluso el mundo vivía una situación totalmente diferente a la situación que actualmente tenemos. Después vino el derrumbe del campo socialista y todas aquellas cosas que nosotros conocemos, pero cuando nosotros estamos analizando la Constitución, que como bien se ha dicho aquí es un documento que tiene que plantear determinadas políticas que después se ampliarán en leyes, nosotros no podemos olvidar que nosotros tuvimos un VI Congreso del Partido y un VII Congreso del Partido, y que en ese congreso del Partido y en este parlamento, en la anterior legislatura, nosotros aprobamos la conceptualización de nuestro modelo, y en nuestra conceptualización precisamente no es por gusto que no planteamos la palabra comunista. Nosotros no perdemos la ideología nuestra marxista-leninista, pero tenemos que ver el problema también en épocas, por eso en la conceptualización, cuando se plantea la visión, se habla de lograr un país socialista.

Reconocer la influencia de las «épocas» es correcto, aunque demorar veintiocho años para hacerlo es, cuando menos, irresponsable. Claro que recordamos «el derrumbe del campo socialista y todas aquellas cosas»; también recordamos la actitud intransigente del IV Congreso del PCC en 1991 y el hecho de que un cambio así no se incluyera en la reforma constitucional del 92. Pero apartando el contenido extemporáneo de la anterior explicación, el hecho cierto es que la eliminación del

término comunismo es fundamentada solamente desde una perspectiva epocal, en consecuencia, ajena al PCC, y ello intenta pasar por alto el quid de la cuestión: que la aprobación de la propiedad privada en la nueva Constitución vacía de sentido la aspiración de llegar a una sociedad sin ella; por eso es al terreno de los principios y no al de las épocas donde hay que remitirse.

Me parece realista el cambio, estoy de acuerdo con él. Pero el giro que da al horizonte ideológico en Cuba debe ser dialéctico, es decir, en forma de sistema. Si no pretendemos arribar a una sociedad comunista, ¿por qué la «fuerza dirigente superior» mantiene ese término en su nombre?

No es la primera vez que los comunistas llegan a una encrucijada semejante. Cuando en 1944 entendieron que no podían «saltarse a la torera [...] una etapa que [...] será realizada bajo el sistema de la libre empresa»,¹ de manera inmediata decidieron cambiarle el nombre a su organización. La Asamblea Nacional del Partido fundamentó de este modo su decisión:

Sería larga la lista de los partidos realmente marxistas que cambiaron el nombre frente a razones trascendentales [...] En nuestro caso, el nombre socialista es justo porque el socialismo es nuestro ideal y nuestro objetivo y es oportuno porque en la etapa en que vamos a entrar han de producirse, y a ello tenderemos y por ello peharemos, no-

¹ Juan Marinello: «El Partido Socialista Popular» (folleto), Imprenta Luyanó 13, p. 9. En Archivo del Instituto de Historia de Cuba: Fondo 1 (Primeros Partidos Comunistas, Mov. 26 de julio y otros). [Todas las citas utilizadas son de la misma fuente].

tables avances de franco carácter socialista. Y somos fieles a nuestros principios porque, si queremos de veras la transformación social, llevada a su mayor justicia, debemos adecuar nuestra actividad, tanto en orientación como en el nombre, a lo que cada etapa posibilita y señala hacia el camino en el propósito más alto. Se traicionan los principios cuando no se ponen todos los cuidados en hacerlos avanzar en el curso de una realidad y no en la imaginación generosa y desbocada de unos cuantos.

La reacción de algunos antiguos militantes fue contraria a esa determinación, pero, como explicara Juan Marinello: «como son precisamente los principios los que empujan al cambio de nombre, es fácil deducir y esperar que estos viejos compañeros [...] aceptarán convencidos el cambio».

A los que piensan que luchar por el socialismo y crear un partido afín con esa lucha es una traición, debemos recordarles que un pensador auténtico como el marxista peruano, Mariátegui, defendía el criterio de que un Partido Socialista daba mayor posibilidad de abrirse a diversos actores sociales o políticos, clase media e intelectuales; de ahí sus polémicas con la dirección del Comintern que esgrimía una estrategia sectaria. Solo después de su muerte se le cambia el nombre por Partido Comunista de Perú.

Si tal como ocurriera en el pasado, ahora también el socialismo es «nuestro ideal y nuestro objetivo» — es decir nuestro *fin* —, entonces deberemos adecuar igualmente a esa meta los *medios* políticos. Es evidente que

un Partido Socialista, que represente e incluya a los actores sociales que nacerán de los cambios constitucionales, personificará mejor los nuevos principios partidistas que el actual nombre. De no hacerlo, estará en juego la credibilidad ideológica del Partido y, lo que es peor aún, correremos el riesgo de llegar muy pronto a la situación que describe el título de este post.²

² Finalmente pudo más la costumbre que los cambios de época y, en la versión final de la Constitución, se repuso la declaración de alcanzar el comunismo, cuando hubiera sido más coherente con el resto de las modificaciones, que admiten la propiedad privada, cambiar el nombre de la organización dirigente por Partido Socialista.



Útiles memorias

Transcurría el primer lustro de la década del veinte del pasado siglo en Cuba. El gobierno de Alfredo Zayas, corrupto y subordinado a los Estados Unidos, había propiciado sin embargo una apertura democrática sin precedentes. Ese contexto favorable atrajo a un grupo de exiliados políticos, jóvenes peruanos y venezolanos que huían de la represión de las dictaduras de Augusto Leguía y Juan Vicente Gómez, respectivamente. Ellos fundaron la revista *Venezuela Libre*, que se manifestó «Contra las tiranías de América. Contra el imperialismo yanqui. Por la libertad de los pueblos». La mala suerte los perseguía. Muy pronto ganaría las elecciones aquí Gerardo Machado, el último de los mambises en detentar el poder constitucional y el primer dictador de nuestra historia republicana.

El nuevo presidente prohibió que los extranjeros manifestaran su activismo político, encarceló a algunos de ellos e incluso asesinó al venezolano Francisco Laguado Jaime. Solidarios con esa causa, desde mayo de 1925 un grupo de intelectuales cubanos asumió la publicación de la revista. Su director fue Rubén Martínez Villena, y entre los redactores se contaron: Agustín Acosta, Alejo Carpentier, José A. Fernández de Castro, Juan Marinello, Julio A. Mella, Emilio Roig de Leuchsering y Alberto Lamar Schweyer.

Su objetivo inmediato era «combatir a Juan V. Gómez», y los mediatos: «encauzar la protesta contra

el panamericanismo, arma solapada del imperialismo yanqui, y cooperar en toda obra que tienda a robustecer la unión de los pueblos de América, de procedencia latina».¹ Los cubanos aprovecharon además para enunciar la aspiración de luchar contra la Enmienda Platt.

Desde 1927 el nombre de la publicación cambió por *América Libre*, lo que respondía a la creciente conciencia antimperialista de la intelectualidad de la región en una época en que la expansión norteaña, apoyada en la «política del gran garrote», se identificaba con intervenciones armadas de los marines en países del Caribe.

A inicios de 1928 se celebró la Sexta Conferencia Panamericana. Los jefes de Estado de veinte naciones del área, incluido el presidente norteamericano Coolidge, se reunieron en La Habana. *Revista de Avance* alertaba respecto a las intenciones estadounidenses: «Sobre tres postulados apriorísticos e inconvencibles desea la nación de Coolidge que se afinquen los debates: intangibilidad de la doctrina de Monroe — semilla de imperialismo — supervisión militar — norteamericana desde luego — en la zona del Canal de Panamá y oposición a toda liga continental».²

De aquella reunión nos quedó como recuerdo un plantío de árboles, que aún existe en el Parque de la Fraternidad, y la vergüenza de que Orestes Ferrara, nuestro embajador en el Norte, defendiera el principio de intervención. Por suerte no se llegó a un acuerdo en tal sentido.

¹ *Venezuela Libre*, no. 10, año IV, Habana, mayo 1ro. de 1925.

² «Directrices», *Revista de Avance*, no. 18, 15 de enero de 1928, p. 4.

Mientras esto ocurría, Juan Vicente Gómez continuó reformando la constitución venezolana siempre que lo deseó, para perpetuarse en el poder y dar visos de legalidad a su dictadura. Acalló a la oposición. Suprimió las libertades de expresión y de prensa. Suspendió las garantías judiciales e ilegalizó a los partidos políticos.

En los propios Estados Unidos radicó una de las figuras más destacadas de la resistencia venezolana en el exilio, el intelectual y periodista Carlos López Bustamante. Este editaba desde Nueva York la revista *Venezuela Futura*, con la cual colaboraron articulistas que habían logrado escapar de las cárceles de Gómez y denunciaban sus horrores.

Veintisiete años estuvo el caudillo sudamericano en el poder, hasta su muerte, acaecida en 1935. A pesar de tan largo gobierno, no hubo por parte de las administraciones norteamericanas una evidente hostilidad hacia él, lo que puede explicarse por la actitud siempre benevolente del dictador ante las inversiones extranjeras. Conociendo el potencial petrolero de Venezuela, el régimen gomecista definió un marco legal por medio del cual entregó gran parte del territorio nacional en concesiones, de acuerdo a los intereses de los consorcios petroleros internacionales.

Ochenta y cuatro años después, el gobierno norteamericano de Donald Trump amenaza peligrosamente con intervenir en Venezuela, cuyo gobierno cataloga de dictatorial. Los que sean tan incautos como para olvidar la historia de nuestro Continente que crean entonces en sus propósitos de democratizar al pueblo venezolano y en su denuncia de la *dictadura* de Maduro.

Nadie que conozca y valore el pasado puede apoyar una política de intervención que solo reforzaría la hegemonía del Norte y desestabilizaría nuestras naciones, ocasionando mayores pérdidas de vidas y destrucción. Rechazar la injerencia militar norteamericana o de otro país, en Venezuela o en cualquier estado, es una actitud ética, decente, digna. Y ello no tiene que vincularse necesariamente con una postura acrítica hacia el gobierno venezolano, tan cara a una izquierda que no es capaz de mirarse con sentido calificador y que por eso recibe un golpe tras otro sin asimilar las lecciones.

Se asevera que los pueblos que no aprenden de su historia están obligados a repetirla. No olvidemos entonces lo vivido. En tiempos procelosos es útil la memoria.



La última lucha de Lenin

El 21 de enero de 1924, a las 6 y 50 p. m., falleció Vladímir Ilich Lenin. Los últimos nueve meses había permanecido en estado vegetativo. Nunca se recuperó del atentado de 1918, y su dedicación total a la revolución terminó por arruinar la salud de un hombre que murió antes de cumplir cincuenta y cuatro años.

Durante al menos un mes, la prensa cubana de la época lo hizo protagonista de sus páginas, en ellas reconocían su capacidad, dedicación e integridad; lo que no quiere decir que los articulistas compartieran su ideología. El mismo día del deceso, el alcalde del municipio de Regla aprobó una resolución para erigir un monumento que perpetuara la memoria del revolucionario que, «por su intensa labor social [...] se ha distinguido como gran ciudadano del mundo».¹

En la reciente conmemoración del centenario de la Revolución Socialista de Octubre, nuestros medios presentaron al Lenin de las *Tesis de Abril*, de *El Estado y la Revolución*, de los momentos sublimes e iniciales de la gesta soviética. Quedó un vacío que pretendo llenar aquí: el Lenin de los últimos años, más realista, que comprendió que las revoluciones se hacen para mejorar la

¹ Javiher Gutiérrez y Janet Iglesias: «La muerte de Nicolai Lenine en la prensa cubana», revista Estudios del desarrollo social: Cuba y América Latina, vol. 2, no. 1, enero-abril, 2014 (www.revflaco.uh.cu).

vida de las personas, y que sin la participación popular están condenadas al fracaso.

En los comienzos se suponía que el Estado controlaría todo el proceso productivo en la sociedad, es decir: qué producir, cómo producir y cómo distribuir lo producido. Esta planificación de la economía se vinculaba, estricta y unívocamente, a métodos autoritarios de administración. En esa primera etapa, agravada por la guerra civil y la intervención extranjera, fue asumido el Comunismo de Guerra, que reglamentó estrictamente la vida económica del país, y condujo al descontento y a fuertes enfrentamientos con campesinos, obreros y marinos.

Terminado el conflicto había que desarrollar el país, pues las revoluciones no pueden esperar décadas metidas en una trinchera. Fue así que Lenin propuso un cambio radical, una Nueva Política Económica (NEP), aprobada por el X Congreso del Partido en 1921. Consistía en permitir el libre comercio, mientras el Estado dominaba los resortes decisivos: gran industria, tierra, transporte, recursos naturales y comercio exterior. Sin embargo, quedaba liberalizado el comercio interior, se aceptaba la creación de pequeñas empresas privadas y la colaboración con capitales extranjeros a través de formas mixtas de propiedad. Se aplicaba el sistema de autogestión empresarial para luchar contra el burocratismo y las tendencias autoritarias de la administración, y se reconocía el interés personal en los resultados del trabajo. Como forma de propiedad que conjugaba el interés individual y colectivo, se fomentó la creación de cooperativas. Sobre estas Lenin había reflexionado desde antes del triunfo, pero no será hasta 1922 cuando sus criterios adquieran rango de concepción teórica. Ese año

dictó su última obra sobre el tema económico, justamente acerca de las cooperativas; en ella consideraba que el socialismo sería «un régimen de cooperativistas cultos» y puntualizaba la doctrina marxista acerca del desarrollo histórico-natural del socialismo; o sea, defendía el criterio de que cuanto más lenta y regularmente se creara una nueva forma económica, tanto más sólida sería, tanto más a fondo se construiría el socialismo.²

Admitir sociedades cooperativas, agrícolas e industriales, que eran autogestionadas, haría imposible el uso de métodos autoritarios de gestión. Se trataba de aprovechar más el control democrático *desde abajo* en el gobierno de la sociedad. En tal sentido, Lenin valoraba lo importante que era en el socialismo desarrollar la iniciativa del pueblo como opción consciente.

Estas medidas fueron apreciadas con recelo por el Partido, pues las consideraron incompatibles con los ideales revolucionarios. Muchos dirigentes abogaron por perfeccionar la política de Comunismo de Guerra. Aun siendo aprobada, algunos entendían la NEP como una maniobra táctica coyuntural, como un alto en la construcción del socialismo. Sin embargo, el núcleo leninista —Bujarin, Ríkov, Tsiuriupa— logró mantener su aprobación. En poco tiempo se apreciaron positivos resultados en la economía soviética.

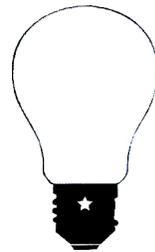
Cuando la enfermedad de Lenin se agravó, en mayo de 1922, prácticamente comienza a dirigir al Partido un triunvirato formado por Stalin, Kámenev y Zinoviev y, aunque Stalin no fue considerado nunca el sucesor

² Vladímir I. Lenin: *Obras completas*, t. XXXV, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1971.

natural de Lenin, debido a una proposición de Zinoviev –de la cual habría de arrepentirse en muy poco tiempo–, fue nombrado Secretario General del PCUS, cargo que no existía con anterioridad.

Estar fuera del gobierno le permitió observar al poder con una mirada *otra*, como diría un crítico posmoderno. Hace algunos años la editorial norteamericana Pathfinder publicó el texto *La última lucha de Lenin: notas, cartas, artículos y discursos* que muestran que la batalla postrera del revolucionario no fue contra la burguesía, sino contra la burocracia comunista que –parafraseando a Martí– tenía al pueblo en los labios y a la ambición en el corazón.

El hombre es un animal político...
y la mujer también.





Antiguas costumbres

Quisiera hallar en los ataques cruzados en los últimos tiempos en los blogs y en la prensa cubana, menos ofensas y más argumentos, menos personalismo y más ideología, menos etiquetas y más profundidad. Sin embargo, tales actitudes no son nuevas, ellas entraron de la mano de la notable influencia estalinista que tuvieron los comunistas cubanos desde la fundación de ese partido.

Era una costumbre arraigada que les permitía denigrar a cualquier enemigo, interno o externo, marxista o no, que no aceptara las orientaciones de la Internacional Comunista primero, y del Buró de Información de los Partidos Comunistas y obreros a partir de 1947. Dicha posición sectaria, como afirmara Fernando Martínez Heredia, «garantiza contra toda contaminación, a costa de hacer estéril la política propia, y trae consigo un pensamiento que solo admite unas pocas certezas establecidas previamente y una necesidad permanente de excluir, junto a los enemigos reales, a los “enemigos”, “renegados”, “desviados”, “embozados”». ¹

El sectarismo del Partido Comunista afectó las relaciones, no solo con una parte significativa de la intelectualidad no marxista, sino incluso con escritores y artistas que militaban en esa organización. Ese fue el caso del poeta Manuel Navarro Luna, que en carta del 7 de

¹ Fernando Martínez Heredia: *La revolución cubana del 30. Ensayos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.

noviembre de 1948 se quejaba a su amigo Juan Marinello de la exacerbación del sentimiento sectario en las filas comunistas tras el proceso de críticas por las posturas browderistas que habían mantenido desde fines de los años treinta. Consideraba limitadísimos sus métodos de trabajo, sin embargo, confiaba en que «Quizás andando el tiempo, puedan muchos de nuestros dirigentes quitarse de encima el engreimiento y el envalentonamiento que tanto daño le han hecho al Partido y a ellos mismos».²

Al parecer, esta confianza no se concretó en la práctica política del Partido, pues en misiva del 30 de abril de 1954 Navarro Luna enjuiciaba los métodos expositivos de los comunistas como:

[...] la natural consecuencia de nuestra posición sectaria. Algún día llegaremos a comprender hasta donde el sectarismo nos ha hecho daño [...] hemos querido enseñar metiendo la letra con sangre «La letra con sangre entra». Esa era la vieja norma de toda una pedagogía prusiana [...] «Explicar, explicar y explicar», dijo Dimitrov. Nosotros hemos explicado. Desde luego que sí. Pero no me negarás que, en muchas ocasiones, hemos explicado mentándole la madre a los lectores, a la audiencia y a la radioaudiencia [...].³

El hábito de rechazar y devaluar a los que luchaban, o creaban, desde posiciones ajenas a la suya se combi-

² Carta a Juan Marinello, 7 de noviembre de 1948. Fondo Manuscrito Juan Marinello, no. 623, Sala Cubana, Biblioteca Nacional José Martí.

³ Carta a Juan Marinello, 30 de abril de 1954. Fondo Manuscrito Juan Marinello, no. 627, Sala Cubana, Biblioteca Nacional José Martí.

naba con un lenguaje lleno de palabras insultantes, de expresiones carentes de medida y objetividad, vulgares e inadecuadas. Las páginas de *Noticias de Hoy*, órgano oficial del Partido, están llenas de frases al estilo de: «hay que ver qué clase de clavo es la tal película», «cinta mentirosa y exagerada», «[...] esta cinta no es para católicos, sino para tontos de nacimiento [...]», «[...] la utilización del verso en la cinta llega a ser anormal», «ataque estúpido y venenoso contra el régimen soviético, película repulsiva y cretina», «película grotesca, absurda y nauseabunda», «quintacolumnista e imbécil», «[...] invenciones ridículas, propias de una mente enferma, de un cerebro podrido y decadente». No hay un solo argumento. Las injurias *son* los argumentos.

El marxismo soviético se fue separando irreconciliablemente de la ideología a la que aspiraba Gramsci, que fomentara el pensamiento, que se sustentara en el debate, la polémica y la crítica. Mariátegui, otro gran marxista latinoamericano, consideraba que la unanimidad era siempre infecunda, y que el mayor valor que podrá tener una idea era el debate que lograra suscitar.

El marxismo escolástico, dedicado a repetir fórmulas y a construir esquemas mentales, fue recepcionado por los comunistas isleños y sería recibido también por el Partido Comunista de Cuba fundado en 1965. Antiguas costumbres, tenaces y debilitadoras, que emergen sin hipocresía, sin adornos, en tiempos de crisis. Catecismo simplista y dogmático, intolerante ante todo criterio disonante, que descubre la deformación profunda del bolchevismo y la marcha hacia el abismo en que terminó la revolución soviética. En que terminan todas las revoluciones que siguen tal itinerario.



El 2000 y el 2030

Nací en la justa mitad de los sesenta, así que puedo considerarme miembro de la primera generación aparecida tras el triunfo revolucionario. Para los que fuimos niños y jóvenes en las décadas del setenta y ochenta, el año 2000 tuvo un significado especial. En el imaginario social de aquella etapa —potenciado por la escuela, la prensa, y el discurso político—, se le atribuía una cualidad casi épica que generaría apreciables transformaciones, no solo en la calidad de vida de las personas, sino en el sujeto social, el esperado *hombre nuevo*. Una canción de Silvio Rodríguez, *Venga la esperanza*, puede describir mejor que mil palabras aquel estado de ánimo colectivo: *El dos mil sonaba como puerta abierta / a maravillas que silbaba el porvenir*.

Para ser justos, debemos reconocer que no hubo compromisos de la dirigencia cubana que concretaran esas aspiraciones en documentos normativos. Fueron discursos apasionados o declaraciones las que tomaban como meta al 2000. En realidad, con un campo socialista aparentemente exitoso y solidario, y con una concepción lineal y ascendente de la historia —falsamente marxista—, creímos, nos llevaron a creer, que la engañosa lejanía de aquel año y nuestro sacrificio cotidiano debían ser suficientes para lograr un futuro ideal.

En ello pudo influir el simbolismo de que no solo era un nuevo año, con diferente dígito inicial, sino nuevos siglo y milenio, tres en uno. No importaba siquiera

que los matemáticos, siempre exactos, aclararan que era en el 2001 y no en el mágico 2000 cuando iniciarían el siglo XXI y el tercer milenio.

En 1989, cuando Silvio estrenó su canción, al campo socialista le quedaba poco, en verdad solo un año, y ya era muy claro, como dice otro verso: *Pero ahora que se acerca saca en cuenta / que de nuevo tengo que esperar / que las maravillas vendrán algo lentas / porque el mundo tiene aún muy corta edad*. Sin embargo, el título de la composición era optimista, no se abandonaba la confianza a pesar de que el plazo no sería el deseado.

El 2030 es otra cosa. No se trata ahora de simbolismos, discursos soñadores, esperas ilusionadas o confianzas indebidas. Es la más pura racionalidad y planificación, según hacen creer dos congresos y una conferencia del Partido, una gran consulta popular y una comisión permanente dirigida por un alto dirigente, miembro del Buró Político de ese Partido, cuya función es la implementación de los lineamientos que conducirán a las metas. Son folios y más folios de documentos donde hasta las comas han sido sometidas a consenso. Todo ello para concebir un Plan de desarrollo hasta 2030, año en el que Cuba deberá ser una nación «soberana, independiente, socialista, democrática, próspera y sostenible».

Faltan once años para llegar al 2030 y parece que también «esas maravillas vendrán algo lentas». Pero ahora quién será el responsable, ¿el campo socialista que ya no existía cuando se concibió el plan?; ¿el imperialismo que siempre ha estado allí, al norte? — y que siempre estará a no ser que descubramos cómo mover nuestra isla de lugar —; ¿un gobierno torpe y reaccionario como

el de Donald Trump, después de haber pasado por Nixon, Reagan y dos Bush y saber que ese tipo de gobernantes son parte de una ecuación geopolítica que tenemos que asumir en cualquier proyecto que emprendamos? Además de que siempre existe la posibilidad de que el electorado vecino pueda cambiar de administración después de cuatro años.

Las metas del 2030 son esperadas por todos, pero las dos generaciones que han crecido en los últimos veintiocho años no tienen memoria familiar que las conecte con el pasado capitalista. Sus vivencias se concentran en el Período Especial y en las crisis cotidianas de sus familias, que les hacen ver más prometedora una vida fuera de su patria que la que han tenido junto a sus padres y abuelos. Ellos no saben del 2000, pero se les ha prometido el 2030, y ya el tiempo no tiene corta edad, que perdone el trovador tanto parafraseo. Quedan solamente once años para llegar a la nueva cifra mágica y no creo que podamos esperar por otra. Se ha ido la mitad del tiempo desde que en el 2006 se anunciara el inicio de un proceso conocido como «Actualización de la economía cubana». ¿Será posible cumplir en tan corto plazo el plan para el 2030? La respuesta deberá ser muy clara y –sobre todo– muy rápida, hay demasiado en juego, empezando por el presente.



Asignatura pendiente

Corría el año 1913 cuando el joven Fernando Ortiz publicó su libro *Entre cubanos. Psicología Tropical*. Allí nos describía como personas que asumían más de un discurso. Uno estaba dirigido a la esfera pública, donde rara vez expresábamos nuestra verdadera opinión, pero sí lo que convenía. Otro era más restringido, encauzado al ámbito privado compuesto por la familia y los amigos, en ese nos pronunciábamos con sinceridad. Parece que no hemos cambiado mucho, pues el fenómeno de la «doble moral» es asunto criticado con asiduidad en nuestros medios.

Hace pocos días el noticiero de televisión publicó el reportaje de una periodista que investigaba el desvío de combustible en la provincia de Cienfuegos. No recuerdo su nombre pero me gustó su estilo. Nada de identificar a las personas ni enfocar la cámara a su rostro, solo escuchábamos la voz y si acaso se distinguían las manos. De esa manera logró declaraciones más honestas que los entrevistados no se habrían atrevido a ofrecer abiertamente acerca del modo en que se produce la *pérdida* de enormes cantidades de gasolina y petróleo.

Los estudios masivos de opinión a través de encuestas que respeten el anonimato para la implementación y evaluación de decisiones políticas, resultan una asignatura pendiente en Cuba. Habiendo pasado por años iniciales de efervescencia revolucionaria, en los que pocos cuestionaban el modo colectivo y multitudinario

de aprobar determinaciones gubernamentales en plazas, desfiles y actos políticos; convertimos este proceder en una manera controvertible de legitimar las disposiciones de nuestro gobierno. A tenor con esa práctica, extendida en etapas como la actual en que ya los consensos no son tan evidentes, hemos perdido la posibilidad de conocer las opiniones reales de las personas y sus tendencias porcentuales, desaprovechamos entonces al verdadero asesor de la política de los gobiernos: la ciudadanía.

En el imaginario social cubano la unanimidad ha sido erigida como valor intrínseco del patriotismo, mientras la incondicionalidad es una actitud «políticamente correcta». Nuestros dirigentes aún suponen como positivo el estado político ideológico de una población o comunidad por los gritos eufóricos de apoyo de cientos de personas. De ahí entonces que pocos se atrevan a discrepar públicamente, so pena de ser tratados como disidentes, centristas y otras denominaciones; o, en el mejor de los casos, ser tachados de problemáticos e hipercríticos. Resultado de eso es que contadísimas personas manifiestan explícitamente sus opiniones políticas si piensan que ellas se desvían, aunque sea en una pequeña parte, de la norma oficial.

Los estudios de opinión pública, a pesar de ser una de las vías naturales de retroalimentación que obliga a los gobiernos a tener resultados en un plazo prudencial, le han sido incautados a las Ciencias Sociales en nuestro país. Son competencia exclusiva de las oficinas de opinión de la población, adscriptas a las direcciones provinciales del PCC. Los científicos sociales cubanos no podemos realizar estudios de opinión sobre el gobierno y sus políticas. Hasta para aplicar una encuesta ma-

siva relativa a la utilización del tiempo libre o a los hábitos de lectura, debemos ser autorizados previamente.

Como secuela, las carreras universitarias que tienen un perfil social: Economía, Sociología, o Estudios Socioculturales, entre otras que pudieran asesorar al gobierno, no logran cumplir con su rol de diagnosticadoras y transformadoras de la sociedad. La forma de culminación de estudios y posterior superación de los profesionales de esas especialidades casi siempre asume la forma de Estudios de Caso, una metodología que impide apreciar tendencias y generalizar opiniones sobre determinados aspectos o fenómenos.

Para lograr una verdadera actualización de la economía cubana hay que empezar por actualizar los métodos de la política. Uno de ellos es el manejo de encuestas que se apliquen de manera anónima para llegar a constatar los criterios verdaderos y honestos de las personas. Seguir hablando del «pueblo en general» es convertirlo en una masa social inerte, que personificará una poderosa resistencia al cambio pues no se apreciará a sí misma como sujeto, sino como objeto de las transformaciones.

Es ese el talón de Aquiles de muchos de los proyectos socialistas fracasados, de ayer y de hoy, no lograr la verdadera participación popular al no incluir a las personas y sus opiniones específicas en los procesos de toma de decisiones. La relación entre lo individual y lo colectivo en la política fue el tema central del artículo «El porvenir de un continente», del escritor ruso León Tolstoi para el periódico bonaerense *La vida literaria*, y que replicó en Cuba la *Revista de Avance* en su número 29, del 15 de diciembre de 1928. El autor de *La guerra y la*

paz consideraba: «En lo individual, el latinoamericano es el ser más liberal del mundo; — más aún que el francés — pero en lo colectivo pierde su identidad y se transforma en energía reaccionaria. En los sajones sucede lo contrario: el individuo es la esencia del absolutismo, la colectividad, el *non plus ultra* del liberalismo [...]».

Necesitamos contar con las opiniones *reales* de las personas que conforman la sociedad. No basta con los gritos movilizadores, las consignas y las declaraciones colectivas. Es imprescindible saber que un pueblo está formado por millones de individuos y que el anonimato en las opiniones es saludable, en primera instancia para el propio gobierno, que puede monitorear su funcionamiento y no llegar así a una enorme acumulación de errores difíciles de resolver; en segunda, para las personas, que se sienten de esa forma participantes activas en los procesos políticos. Es imperativo aprobar esa asignatura pendiente de la política cubana si queremos cambiar de hecho y no solo en apariencias.¹

¹ La ampliación paulatina del acceso a internet y la habilitación de sitios digitales en instancias de gobierno, han propiciado en los últimos tiempos una mayor visibilidad de la opinión ciudadana, pero aún sin la intencionalidad que se requiere para estudios científicos.



Los fraseólogos revolucionarios

Según varios diccionarios consultados, fraseología es:
1. Conjunto de modos de expresión peculiares de una lengua, un grupo, una época, actividad o individuo. || 2. Conjunto de expresiones intrincadas, pretenciosas o falaces. || 3. palabrería. || 4. Conjunto de frases hechas, locuciones figuradas, metáforas y comparaciones fijadas, modismos y refranes, existentes en una lengua, en el uso individual o en el de algún grupo.

Lenin analizó lo dañina que resultaba la fraseología en la construcción del socialismo. En su artículo «A propósito de la fraseología revolucionaria», la define como una simple repetición de consignas sin tomar en consideración las condiciones objetivas de una situación dada y de determinado sesgo de los acontecimientos: «Las consignas son excelentes, brillantes, exaltan los ánimos, pero carecen de fundamento».¹ (Un ejemplo clásico en nuestro medio fue: ¡Y de que van, van!).

Consideraba que la ideología pequeñoburguesa, el oportunismo de izquierda, el dogmatismo y el sectarismo se escondían bajo su manto. Caracterizó al oportunismo de izquierda como revolucionarismo pequeño burgués —o «bolcheviques que padecen del forúnculo de la llamada fraseología»²—, elementos extremistas

¹ V.I. Lenin: «A propósito de la fraseología revolucionaria», *Obras Completas*, t. XXVII, Editora Política, La Habana, 1963, p. 11.

² *Ibidem*, p. 20.

que encubrían sus posiciones teóricas y políticas, erróneas por completo, con la fraseología revolucionaria, de la que rechazaba el uso del tono amenazador y de exclamaciones efectistas.

En su trabajo «A propósito de las consignas», argumenta que «cuando la historia da un viraje brusco, hasta los partidos avanzados dejan pasar un tiempo más o menos largo antes de orientarse en la nueva situación creada y repiten consignas que, si ayer eran acertadas, hoy han perdido toda razón de ser tan súbitamente como súbito es el viraje de la historia».³

Asimismo afirmaba: «hay que combatir las frases revolucionarias, es imprescindible y obligatorio luchar contra ellas para que el día de mañana no puedan echarnos en cara esta amarga verdad, la fraseología revolucionaria sobre la guerra revolucionaria hundió la revolución».⁴

Dado lo perjudiciales que pueden ser, ofrecemos a continuación una serie de recomendaciones sobre cómo reconocer a un fraseólogo:

– Son hijos de *pathos* (la teatralidad, el dramatismo) y no de *logos*, la palabra razonada. De ahí su grandilocuencia.

– Nada se asemeja más a un fraseólogo revolucionario que otro fraseólogo revolucionario. Parece que estudiaran juntos y prepararan sus deberes como buenos amigos. De ahí lo aburridos

³ V. I. Lenin: «A propósito de las consignas», *Obras Escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, 1960, p. 200.

⁴ V. I. Lenin: «A propósito de la fraseología revolucionaria», *Op. cit.*, p. 22.

que pueden ser cuando se unen dos o tres de ellos en programas televisivos, paneles de opinión o actos públicos.

– Se alimentan de tensiones y crisis... externas. Nuestros fraseólogos disponen de efectivos catalejos, pero no distinguen bien su realidad inmediata.

– Les encanta distribuir etiquetas a todos aquellos que discrepen de sus ideas: un día centrismo, otro zanjoncismo. En fin, son muy creativos al respecto.

– Su patetismo les lleva a ver enemigos por todas partes. En realidad, todos aquellos que no piensen como ellos son adversarios peligrosos.

– Disfrutan de un estatus de privilegio, pueden ser convertidos en «especialistas» o «ensayistas» de la noche a la mañana, e incluso ser promovidos con rapidez. Paradójicamente, se pasan buscando la paja en el ojo ajeno y denuncian financiamientos del enemigo hasta cuando no existen.

En tiempos de tensiones y crisis aumenta la cosecha de fraseólogos revolucionarios. Así que tenga cuidado, no se convierta usted en uno de ellos. Pueden resultar contagiosos para aquellos que no posean un pensamiento crítico y el valor de marcar la diferencia.



Diálogo generacional: necesario pero... ¿posible?

Las generaciones que han trascendido en la historia, literaria o política, son aquellas que se percatan de que sus aspiraciones, intereses y necesidades son diferentes a los de las generaciones precedentes y actúan en consecuencia. La frase «diálogo generacional» dibuja a los jóvenes cubanos como pasivos corredores de relevo que reciben, en lugar de un batón, la encomienda de salvaguardar un estado de cosas.

Una generación se visibiliza precisamente cuando transgrede ese estado de cosas; en el momento en que deja de ser convocada para convocar, en que no permite que se le fundamente para ser ella la que logre fundamentar. Cuando Martí se separó del plan Gómez-Maceo y se convirtió en el blanco de tantas críticas, estaba dando la espalda al modo de hacer de dos grandes revolucionarios y estableciendo otro estilo de organizar la guerra, a tono con la generación que había sido testigo del fracaso que costó una década de vidas y esfuerzos. En el instante en que Rubén Martínez Villena interrumpía un acto oficial para protestar contra la corrupción del gobierno de Zayas, nacía otra generación, literaria y política. La Generación del Centenario avizó una manera muy diferente de recibir a Martí y rescatar una república secuestrada por el golpe de estado de Fulgencio Batista. En esos ejemplos primó más la ruptura que el diálogo, eso les confirió un carácter revolucionario.

Según el viejo diccionario Aristos, *diálogo* es: «Plática entre dos o más personas, que alternativamente manifiestan sus ideas». Entonces esa *conversación* debería ser en condiciones de igualdad que permitiera a los interlocutores ser capaces de exteriorizar y difundir sus puntos de vista.

Las generaciones que mencionamos tuvieron condiciones para esto: todas fundaron organizaciones, formales o informales; gestaron órganos o medios para propagar sus concepciones; mantuvieron una actitud muy crítica respecto a las generaciones que les antecedieron y encabezaron proyectos de cambio...

De acuerdo a lo anterior, la última generación visible en Cuba sería la que se nucleó alrededor de la revista *Pensamiento Crítico*, un grupo de jóvenes revolucionarios que alertaba sobre las vías para encauzar un socialismo diferente al soviético. Su clausura interrumpió por muchos años la expresión de varias generaciones que, llenas de inquietudes, quedaron sin medios viables para demostrarlas. Pero el tiempo ha pasado, y la revolución tecnológica en el ámbito de las comunicaciones modificó muchos factores de la ecuación generacional. En diversos medios digitales se promueven hoy ideas interesantes y valiosas de jóvenes cubanos sobre nuestra sociedad. Paradójicamente, cualquier intento de exteriorizar una visión crítica y diferente acerca del tema es descalificado, invisibilizado y catalogado con un amplio menú de etiquetas. ¿Es posible que con tales actitudes convoquemos a un diálogo generacional? ¿O se piensa *ingenuamente* que la generación joven está constituida solamente por los líderes de organizaciones juveniles que se muestran combativos y eufóricos al hablar en nombre de todos?

Decía Bertold Brecht que la juventud tiene un ímpetu a prueba de balas, pero un optimismo que no tolera desengaños; y las voces jóvenes de hoy no son las que en los ochenta pedían órdenes y solicitaban que les dijeran qué hacer. Tras tantas décadas de experimentos y retrocesos, en medio de un proceso que se considera de cambios, y a través de medios que ya no pueden ser controlados; ha emergido una generación que está proponiendo qué hacer, pero debe ser escuchada, sin prejuicios, en pie de igualdad, de lo contrario será un monólogo y no un diálogo lo que presenciaremos. Los que no somos cronológicamente sus coetáneos pero concordamos con sus ideas debemos apoyarlos.

No existen generaciones históricas, existen generaciones que hacen historia. El movimiento de una sociedad no está solo en las continuidades, también está en los cambios, y las generaciones nuevas son las encargadas de eso. Junto a ellas debemos estar. O mejor, debemos ser parte de ellas.



El orden de los factores

La matemática tiene sus leyes. La política las suyas. En la primera, dos por tres arroja el mismo resultado que tres por dos. En la segunda no ocurre así. Por ejemplo, no se puede cambiar en la Constitución un artículo del lugar tres al diez sin que ello tenga implicaciones significativas.

El artículo 3 de la Constitución cubana aprobada en 1976 afirma: «En la República de Cuba la soberanía reside en el pueblo, del cual dimana todo el poder del Estado. Ese poder es ejercido directamente o por medio de las Asambleas del Poder Popular y demás órganos del Estado que de ellas se derivan, en la forma y según las normas fijadas por la Constitución y las leyes».

A continuación se suceden los artículos referidos a los símbolos nacionales (4), el papel del PCC (5), el rol de la UJC (6), el reconocimiento a las organizaciones políticas y de masas (7), el carácter laico del Estado (8), las funciones del Estado (9), y el obligatorio acato a la legalidad socialista por parte de los órganos del Estado, sus dirigentes, funcionarios y empleados (10).

En el año 2002, el artículo 3 se modificó con el agregado de un párrafo, denominado más adelante cláusula de intangibilidad, que declaraba el carácter irrevocable del socialismo y el sistema político y social establecido en esa Constitución. Sin embargo, se mantuvo su lugar preponderante en el texto constitucional, solo precedido por los artículos que definen el tipo de Estado (1) y el nombre del país (2).

En el Proyecto de Constitución que se somete a consulta popular la redacción de dicho artículo se conserva, aunque se agrega un término: «En la República de Cuba la soberanía reside intransferiblemente en el pueblo, del cual dimana todo el poder del Estado [...]». El término «intransferiblemente» fortifica la idea de que la soberanía popular no puede ser trasladada a ninguna persona u organización y que es el pueblo quien tiene la última palabra en la dirección de los asuntos públicos. No obstante, ese aparente fortalecimiento se pone en tela de juicio dada la ubicación actual del artículo, que fue descendido hacia el puesto número 10.

Fue muy interesante el intercambio de criterios entre una diputada – cuyo nombre no logré anotar durante la transmisión televisiva – y los dirigentes de la Comisión que elaboró el Proyecto. Ella, con toda razón, manifestó su discrepancia con que la declaración de soberanía popular se pusiera por debajo de la del papel del PCC, la UJC, las organizaciones políticas y de masas, el Estado, etc.; ya que si todo el poder emana del pueblo – argumentó – entonces las instituciones y organización que este se dé para gobernarse derivan de su carácter soberano y, en consecuencia, deben ir después en la estructura del articulado constitucional.

A pesar de que por simple lógica formal era un argumento irrefutable, Homero Acosta, secretario del Consejo de Estado, y José Luis Toledo, presidente de la Comisión de Asuntos Constitucionales y Jurídicos, se mostraron contrarios. El segundo fue tajante al declarar que la comisión redactora del Proyecto había estudiado la cuestión y que no se debía cambiar la estructura. Al preguntar Homero Acosta si mantenía su propuesta, la

legisladora, contrariando la actitud habitual en la mayoría de sus colegas, insistió en su tesis, por lo que hubo que someterlo a votación por la Asamblea. Resultado: igual que Fuenteovejuna, todos a una contra el planteamiento. En consecuencia: las manos arriba, el pueblo abajo (en el orden del articulado quiero decir).

Este tema no se circunscribe a una cuestión de formalidad, de buen tono democrático, o de educación cívica, al estilo de «las damas primero». Aquí se dirime un asunto de justicia histórica. A diferencia de lo ocurrido en Rusia en 1917, donde el Partido organizó a la revolución; en Cuba, fue el pueblo, en sus disímiles clases y sectores, y dirigido por varias organizaciones con un centro unificado, quien derrotó a la tiranía de Batista e hizo triunfar a la Revolución. Cuando el proceso se radicalizó, una gran parte de ese pueblo aprobó por consenso el carácter socialista del mismo. Varios años después surgiría el actual Partido Comunista de Cuba. El Estado fue organizándose desde los mismos inicios con el apoyo popular, hasta 1976, donde se dota de una Constitución Socialista que, por muchos defectos que tiene, al menos en su estructura reconoce la precedencia de la soberanía popular ante cualquier organización o institución. No creo que debamos modificar ese lugar privilegiado. Recordemos que en política, a diferencia de las matemáticas, el orden de los factores *sí* altera al producto.¹

¹ En la redacción final de la Constitución, tras la consulta popular, el artículo en cuestión volvió a ser el número tres, al menos en la letra.



Amigos sin barreras

Hace pocos días recibí una llamada de la corresponsalía del sitio digital *Sputnik* en América Latina para entrevistarme sobre la participación de Cuba en la Segunda Guerra Mundial. Accedí de inmediato, no solo por lo interesante del tema, sino porque saldaba de ese modo una antigua deuda.

Al graduarme, en 1988, permanecí como profesora en el Instituto Superior Pedagógico de Matanzas y, para mi desconsuelo –pues siempre fui alumna ayudante de Historia de Cuba–, me tocó impartir Historia Contemporánea de Europa. El momento no podía ser peor, era la etapa en que el campo socialista desaparecía y ello tornó obsoletos en brevísimo tiempo a los libros de texto, que únicamente se hacían eco de los grandes logros del sistema y vaticinaban su eternidad.

Estaba obligada a localizar otras fuentes de información si pretendía ser creíble. Nuestra prensa, tan escueta entonces como ahora, poco dejaba entrever de lo que en realidad sucedía. Buscando explicaciones perseguí –muchos lo hicimos– las revistas soviéticas *Novedades de Moscú*, *Tiempos Nuevos* y *Sputnik*, que se encontraban fácilmente en los estanquillos... hasta entonces, pero que pronto comenzaron a escasear hasta desaparecer del panorama mediático.

Sputnik en particular era una revista de pequeño formato, vivos colores y cubiertas creativas, sin pretensiones teóricas sino más bien de divulgación popular. Sus va-

riadas secciones (Viajes por la URSS; Gente. Época. Sucesos; Cultura. Artes. Literatura; Ciencia. Técnica. Medicina; Sección de libros; Modas; Ajedrez; Nuestra cocina; Humor; Crucigramas, entre otras que podían cambiar de acuerdo a los números) atraían a un público amplio y diverso.

Siempre incluía artículos de carácter histórico, firmados por académicos reconocidos. Pero al iniciar la Perestroika comenzaron a emerger visiones polémicas sobre la historia de la URSS que permitían comprender mejor el evidente desenlace del proceso. Particularmente fue contundente la denuncia al estalinismo, sus víctimas y secuelas. También deconstruían la historia de las relaciones entre los países que conformaron aquel campo geopolítico.

Conservo aún una pequeña muestra de aquellas revistas. Una de mis favoritas es la de febrero de 1989. En la cubierta, el primer plano de un enorme sillón en cuyo respaldo estaban prendidas cinco medallas y donde se lee: «Brezhnev, un líder cómodo». Estuvo dedicada al inmovilismo y tiene análisis que nos pueden resultar muy familiares veintinueve años después:

A veces decimos que nada cambiará hasta que no llegue gente nueva, que piense y actúe de un modo nuevo. Pero, primero, para que llegue, hay que prepararla de un modo nuevo y, segundo, se repite la vieja melodía de una esperanza pasiva en un futuro luminoso.

¿Debe la dirección del Partido convertirse en un órgano especial del poder, que estará por encima de los restantes órganos? ¿Si el Comité Central es

un órgano especial de poder, cómo controlarlo? ¿Se puede protestar su resolución por inconstitucional? ¿Quién responde en caso de fracasar una medida decretada? Si este órgano superior de hecho dirige al país, ¿no debe entonces todo el pueblo elegirlo?.

Es preciso revisar las caducas costumbres de mandar allí donde no hace falta. En vez del secular principio «pedir el permiso a los jefes» la época exige otra cosa: «si no está prohibido, entonces está permitido». Ya hoy todo lo que la gente puede hacer por su cuenta, debe hacerlo independientemente, sin la injerencia de las autoridades».

Ignoro qué perfil tiene la revista en la actualidad, tras tantos años de capitalismo, pero tengo la esperanza de que quizás pronto circule de nuevo en Cuba. En los últimos tiempos ha ocurrido un acercamiento con Rusia, que se hace más fuerte ante la hostil política común del gobierno norteamericano. Ayer veía en el noticiero nacional la visita del ministro de economía cubano a ese país y las declaraciones de fuerte apoyo bilateral en la esfera económica y política. Las relaciones fueron calificadas de excelentes. Así que me preparo para dar la bienvenida, de nuevo, a *Sputnik*.



Los 200 años de Carlos Marx

El 5 de mayo de 1818 nació Carlos Marx, el filósofo cuya obra ha tenido la más profunda trascendencia histórica. Ni siquiera la caída del campo socialista pudo desvirtuar sus aportes, en todo caso mostró el fracaso de ciertas interpretaciones de su obra y evidenció los graves errores de muchos dirigentes revolucionarios. El propio Marx se desligó de la tergiversación de su teoría al decir, casi al final de su vida, que él no era marxista.

El marxismo constituye una dualidad que incluye un método científico —la dialéctica materialista— y una ideología revolucionaria que se propone construir una sociedad superior al capitalismo. Hasta hoy, el gran dilema del marxismo, el fracaso de su aplicación práctica en los sistemas políticos socialistas, ha sido la ruptura de esa dualidad. Vaciar a la ideología de su método, que es el que debería permitir la corrección de la praxis, ha conllevado a la derrota, en más o menos tiempo, de esos proyectos.

Cuando el marxismo es reducido solamente a su dimensión ideológica y, como ocurre tras la toma del poder, se convierte en una ideología de Estado, sobreviene una perversión de Marx que induce a que muchos lo culpen de errores de los que no es responsable. Algo así sucedía con el retrato de Dorian Gray, que reflejaba crímenes de los que era inocente.

Precisamente la crítica de Marx a los socialistas anteriores, a los que calificó de «utópicos», era que ellos se

habían limitado a imaginar cómo podría ser la sociedad perfecta del futuro y a esperar que su implantación resultara del convencimiento general y del ejemplo de unas pocas comunidades modélicas.

Las ideologías religiosas, respetables en sí mismas, no asumen un método científico; confían en la fe, en la solidaridad y el amor de sus prosélitos, a los que prometen un mundo mejor. Cuando Marx conoce personalmente a Wilhelm Weitling, fundador de la Liga de los Justos, rechazó los métodos de ese intelectual proletario autodidacta que se había estancado en una prédica mesiánica y utópica, desarrollada entre artesanos de países como Suiza, Alemania, Francia, Bélgica e Inglaterra. Como dijo Engels, Weitling intentaba conducir al comunismo por las vías del cristianismo primitivo.

Una ideología política que intente presentar un futuro de prosperidad siempre inaccesible, y que pida fidelidad y trabajo constante a sus seguidores, deja de ser liberadora para instrumentarse como un mecanismo de dominación. En el mismo instante en que no sea capaz de autocorregirse, en que se considere eterna, dejará de ser marxista.

El socialismo falló en el momento en que se mostró ajeno al análisis de las contradicciones, de sus contradicciones internas, dando la espalda así al método dialéctico materialista y haciendo emerger una concepción del desarrollo signada por la reverencial admisión, cual obligatoria e inexorable tendencia, del destino humano hacia el progreso.

El criterio de que una vez victoriosa, la revolución socialista no puede retroceder, y de que la sociedad marchará siempre adelante, hacia un futuro glorioso,

reviste una visión mecanicista de la historia. Esa creencia conduce al inmovilismo. Por ello, la mejor forma de honrar el bicentenario de Carlos Marx es rescatar la dialéctica y desmontar los discursos falsamente marxistas para que alumbremos las vías científicas de construir una sociedad mejor. Por eso fue que lo llamaron el *Prometeo de Tréveris*.



Sentir la libertad

Para Jennifer

Una joven me escribe en torno al post «Orientados y gobernados». Considera que debí ser «más dura» en mis observaciones, y plantea otros elementos que, a su juicio, se deben esgrimir; tiene razón en la mayoría de ellos. En una parte de la misiva dice: «personas como usted, sin miedo y fieles al ejercicio de su libertad de expresión pueden y deben hablar».

Esta opinión merece un análisis. La libertad de expresión no es *mi* derecho, es un derecho reconocido a *todos* los ciudadanos cubanos en el Proyecto de Ley Magna que se debate. Es más, la Constitución de 1976 admitió, en su artículo 53, «[...] la libertad de palabra y prensa [...]». Es cierto que el artículo 62 aclaraba que ellas no podían ser ejercidas «contra lo establecido en la Constitución y las leyes, ni contra la existencia y fines del Estado socialista [...]», y sabemos que muchas leyes decretadas anularon de hecho las libertades reconocidas en ese documento rector, pues la determinación sobre qué es ser fiel o contrario a los fines del Estado socialista es algo que se decide en las oficinas de la burocracia política.

El Proyecto en análisis es superior a la Constitución vigente en cuanto a los derechos que reconoce, que ahora aparecen agrupados en el título cuatro. Se dice allí que el Estado garantiza el goce y el ejercicio irrenunciable,

indivisible e interdependiente de los derechos humanos, y que tales derechos se interpretan de conformidad con los tratados internacionales (artículo 39). Su capítulo dos se dirige a los derechos individuales, y el tres a los sociales, económicos y culturales. El artículo 59 explicita que el Estado reconoce, respeta y garantiza la libertad de pensamiento, conciencia y expresión. No protege todos esos derechos en igual medida, es verdad, pero es un paso de avance innegable.

Me inquieta entonces que esa joven piense que son *otros* quienes deban hablar de los problemas de Cuba y no *ella*, que tantas observaciones tiene. La esencia del asunto radica en que no es lo mismo ser libre que sentirse libre. *Ser libre* depende más de un contexto jurídico que garantice determinadas prerrogativas ciudadanas, pero *sentirse libre* requiere de una actitud cívica en que no se tema practicar esos derechos. Si ser libre deriva del entramado jurídico en que se desenvuelvan las personas, sentirse libre obedecerá más a prácticas culturales que involucran a la familia, la escuela y los medios de comunicación.

Mi generación, nacida en el primer lustro de los sesenta, fue la primera del período denominado por la historiografía «Revolución en el poder». Nos correspondería coexistir, como adolescentes y jóvenes, con la década del setenta, una etapa de gran represión a las expresiones ideológicas, artísticas, sexuales y estéticas que no fueran consentidas por el dogmatismo oficial, el cual se caracterizó por la deformación del marxismo al recepcionar aspectos de su variante soviética. Esta versión concibió la ideología como «[...] introducción coherente de ideas y concepciones en la conciencia de las

masas».¹ La palabra *introducción* merece especial atención, pues incita a la asociación con términos como *implantación* y quizás *imposición*; sin embargo, el poder se alcanza también a través de la cooperación, el asentimiento, el consenso y la motivación.

Muchos se han referido a las consecuencias de aquel período para los cubanos, pero la principal constatación de sus terribles secuelas se manifiesta en la imposibilidad que mantenemos, aún hoy, de sentirnos libres. Esa actitud la hemos transmitido a nuestros hijos, y ellos a los suyos, cuando en el seno familiar les aconsejamos «no buscarse problemas» o no ser sinceros si ello puede afectarlos.

Se reproduce también gracias a un tipo de educación mayoritariamente conductista y autoritaria, que se distingue por currículos cerrados, deja poco margen a la experimentación, no toma en cuenta los intereses individuales de los educandos y apela de modo insistente al principio de autoridad en el terreno de la Historia y de las ideas filosóficas y políticas. A través del lenguaje expresamos nuestras ideas y opiniones, sin embargo, la enseñanza del Español en las escuelas cubanas, desde el nivel elemental hasta el universitario, prioriza formas comunicativas verticales, como la descripción o la composición, casi siempre de temas orientados por el profesor. En cambio, es poco frecuente que se cultive el ensayo, que permite mayor libertad en el planteamiento de las ideas y fomenta la contrastación de tesis, confiriéndole así un rol más activo a los alumnos.

¹ Z. Berbéshkina, D. Zerkin, L. Yákovleva: *¿Qué es el materialismo histórico?*, Editorial Progreso, Moscú, 1986, p. 134.

Nuestros medios, por su parte, no potencian el sentido de libertad cuando mantienen una visión restringida y excluyente que le impide abrirse a otras zonas de ideología, que no admite la polémica, la contrastación de ideas y la diversidad de pareceres, incluso dentro de un marco de discusiones pro-socialistas. Plataformas como internet, que pudieran democratizar el acceso a la información y contribuir al sentido de libertad, están limitadas en Cuba para las grandes mayorías, dados sus altos precios y la necesidad de una infraestructura que no todos poseen.

Únicamente si se analiza el tema desde todas estas perspectivas se logrará entender cómo se pueden modelar las mentalidades y por qué es tan difícil desterrar estados de opinión y modos de actuación, entre ellos la percepción de no ser libres aun cuando nuestras leyes establezcan importantes cuotas de derechos encaminados al ejercicio de la libertad.

Debemos abandonar esa actitud temerosa, apocada, que no permite que nos apreciemos como ciudadanos libres. Es una condición impropia de estos tiempos pues nació en el pasado, bajo condiciones en su mayor parte superadas.

Todas las constituciones del mundo no harán de nosotros personas libres si no nos sentimos así en nuestro interior. La ética filosófica señala que la libertad se fundamenta en la autoconciencia y la responsabilidad moral. Por tanto, el individuo no puede remitir su propia libertad/responsabilidad a ningún otro. Quien tenga una opinión no debe callarla. El que lo hiciere está cometiendo un acto de castración humana y cívica.



Disonancia

Una buena orquesta debe lograr la armonía o correspondencia de todos los instrumentos musicales. De lo contrario, el resultado será la disonancia. El verbo *disonar* significa: «Sonar desagradablemente. Discrepar, carecer de conformidad y correspondencia algunas cosas».

Nuestro Proyecto de Constitución se asemeja a una agrupación musical que en los primeros ensayos aún no encuentra su armonía. Para ayudar a la búsqueda del sonido ideal estamos convocados todos los ciudadanos de la Isla, y más, por vez primera también todos los cubanos dondequiera que residan.

Cada artículo de la Constitución debe ser claro y preciso, pero ello no es suficiente. El articulado, visto en sistema, debe relacionarse de manera lógica, coherente y absoluta. De lo contrario, existirán derechos reconocidos por un lado y no protegidos por otro. Me referiré a uno de los casos en que se manifiesta tal discrepancia.

Veamos el artículo 1, que expresa:

Cuba es un Estado socialista de derecho, democrático, independiente y soberano, organizado con todos y para el bien de todos, como república unitaria e indivisible, fundada en el trabajo, la dignidad y la ética de sus ciudadanos, que tiene como objetivos esenciales el disfrute de la libertad política, la equidad, la justicia e igualdad social, la

solidaridad, el humanismo, el bienestar y la prosperidad individual y colectiva.

Observemos que se declara como uno de los objetivos esenciales de la república el disfrute de la libertad política.

Por su parte, el artículo 59 expresa que «El Estado reconoce, respeta y garantiza la libertad de pensamiento, conciencia y expresión».

Aquí hay una diferencia, pues no se menciona a la libertad política, aunque pudiera aceptarse que las referidas libertades de pensamiento, conciencia y expresión, son ingredientes significativos de la libertad política.

Sin embargo, el artículo 40 nos dice:

Todas las personas son iguales ante la ley, están sujetas a iguales deberes, reciben la misma protección y trato de las autoridades y gozan de los mismos derechos, libertades y oportunidades, sin ninguna discriminación por razones de sexo, género, orientación sexual, identidad de género, origen étnico, color de la piel, creencia religiosa, discapacidad, origen nacional o cualquier otra distinción lesiva a la dignidad humana.

Apreciemos que entre los derechos, libertades y oportunidades que reciben la protección de las autoridades y que no pueden ser objeto de discriminación se omiten las creencias políticas y ni siquiera se menciona la ideología política.

Esta incongruencia no puede ser justificada por ningún argumento. Todas las ideologías deben tener igual

protección ante la ley, más si el propio artículo primero reconoce su disfrute como uno de los objetivos de la República.

Dicha exclusión ha sido una práctica en Cuba, la manida frase de que alguien tiene *problemas ideológicos*, equivale a que es considerada una persona poco confiable, casi un enemigo. Pero el nuevo Proyecto, y el debate que este ha generado, es momento propicio para dirimir una cuestión tan importante y de tanto peso en la credibilidad de los que nos dirigen y en la imagen interna y externa de nuestro sistema político.

Para mantener esa extrema intolerancia en el campo ideológico, siempre se ha esgrimido la tesis de que el Estado cubano debe protegerse de personas o grupos que reciben financiamiento foráneo para subvertir el orden interno. Que un Estado se resguarde es correcto, y es una práctica de cualquier sistema político. Lo hizo Estados Unidos cuando un fiscal especial indagó si en la campaña presidencial de Donald Trump hubo interferencia rusa para favorecerlo. Igual ocurrió en Perú cuando el presidente Pedro Pablo Kuczynski fue invalidado por haber recibido apoyo financiero de una corporación brasileña. Lo hizo Cuba cuando denunció en 1968 el caso de la *microfracción* pro-soviética, y lo ha seguido haciendo.

No obstante, ese derecho indiscutible a protegerse de agentes organizados y financiados desde el exterior se ha estandarizado entre nosotros para convertirse en una cómoda forma de evitar críticas desde cualquier postura ideológica —de izquierda o de derecha—, hasta el punto en que hoy se escucha hablar de «mercenarios sin pago», un dislate total que polariza las opiniones

políticas al estilo Busch de: «los que no están conmigo son mis enemigos», que tanto criticamos en su momento. Y es en ese sentido en el que resulta altamente sintomático que no se explicita en el artículo 40 la condena por discriminación ideológica. Tenemos uno de los órganos de Seguridad del Estado más famosos del mundo, no le será difícil demostrar — con pruebas constatables, claro está —, un financiamiento exterior de otro país a personas o grupos para la subversión política interna si fuera el caso.

De modo que afinemos nuestros instrumentos y armonicemos la orquesta, que tras casi sesenta años ya no estamos en fase de ensayo.¹

¹ La disonancia fue eliminada en la versión final de la Constitución del modo menos apropiado, con la supresión de la palabra *política* en la lista de libertades que enuncia el Artículo I.



El problema

El problema no es que la crisis arrecie. Ni que se espere un año 2019 «de grandes desafíos», como aseveran nuestros eufemísticos medios oficiales. El problema no es que las dos últimas generaciones de cubanas y cubanos nacieran bajo el Período Especial. Tampoco que tal etapa sea ya tan extensa que pudiera cuestionarse si el verdadero período especial no fue el que Cuba vivió bajo *el manto protector* del campo socialista.

La secuela más terrible de una larga crisis es el cambio que sufren las personas que la soportan. Se modifican sus proyectos de vida. En realidad dejan de tener proyectos de vida ante el imperativo de la cotidianidad. En consecuencia, se transforman sus sistemas de valores. Nociones contrapuestas, como lo bueno y lo malo, lo correcto y lo incorrecto, lo legal y lo ilegal, difuminan sus demarcaciones debido al aumento de la pobreza y al incremento de las familias con hijos que no tienen culpa alguna de que el salario de sus madres y padres tenga cada vez menos influencia en la economía doméstica. Resultado de lo anterior: cada vez nacen menos hijos. Aun así, este no es el verdadero problema.

Una crisis puede valorarse desde dos puntos de vista: interno y externo. Sin embargo, no se trata aquí de perspectivas geográficas, sino de visiones respecto a la misma crisis. De un lado se ubican los que la sufrimos en carne propia, con su corolario de carencias, migraciones, depresiones, decepciones y deserciones; del otro, los que han

hecho de la lucha por superarla su razón de ser, los que se ocupan y preocupan de ella, pero que no saben en verdad lo que es sentirla, ni ellos ni sus familias.

La existencia de una clase de burócratas en Cuba debe ser considerada también teniendo en cuenta su actitud ante la agudización de la crisis económica. ¿Cuál es su propuesta concreta para sumarse a la austeridad y al ahorro que tanto le piden al pueblo? En Cuba existe un enorme aparato de dirección, partidista y estatal, que lejos de disminuir tiende a incrementarse. Otra arista del asunto es la relacionada con los gastos individuales en que incurren nuestros dirigentes y sus familias. El presidente de México pretende disminuir los salarios a los funcionarios y magistrados —lo que le está costando mucho lograr—, pero en Cuba los sueldos de los burócratas no son los que determinan su estilo de vida. Nuestra burocracia —y en eso sí se parece al pueblo—, no vive del salario.¹ Ello fue una práctica común de los países socialistas, como bien asevera Mario Valdés en su ensayo «La tríada burócratas-burocracia-burocratismo y la hora actual de Cuba»:

[...] la vocación antimercantilista de los estados en transición socialista hizo que la satisfacción de muchas de las necesidades de estos cuadros y sus familias a expensas del estado se percibiera como una manera superior de distribución, más

¹ El aumento salarial que acaba de aprobarse es una buena noticia para millones de personas en Cuba. Sin embargo, ello no contradice la diferencia de perspectiva entre la burocracia dirigente y la sociedad.

cercana a la comunista y ajena a las tentaciones del dinero; rara interpretación que daría lugar a toda una gama de privilegios, prebendas y beneficios que los alejaría cada vez más de las condiciones reales de subsistencia del pueblo trabajador. Por ello la burocracia socialista es representada socialmente por gran parte de la población como una cleptocracia parasitaria, ajena a las vicisitudes de las masas.²

Dietas especiales, transporte asegurado, atención médica especial, vacaciones a cargo del «quinto departamento», que es el protocolo bajo el que se reconocen los gastos de los dirigentes y sus familias en los hoteles; estas condiciones diferenciadas explican que el discurso que genera la dirigencia sobre el cambio y las transformaciones medulares que requiere la Isla esté permeado de términos como «progresividad», «paulatinamente», «sin prisas». Es claro que quien no sufre la pobreza no tiene la misma premura en salir de ella.

Lo criticable no es que la burocracia dirigente viva mejor que el pueblo al que dicen representar, ese tampoco es el problema. Es lógico que quienes desempeñan funciones tan complejas no se distraigan pensando qué pondrán a la mesa familiar o cómo podrán comprar los zapatos que necesita su hijo. La cuestión es que cuando esos burócratas terminen sus períodos de mandato constaten en su experiencia personal el punto de vista popular sobre la crisis. Y aquí sí se manifiesta el verdadero problema. La tesis de la física que afirma que la materia

² Premio Temas 2017, en *Temas* 91-92, julio-diciembre 2017, pp. 117-125.

no se destruye, solamente se transforma, puede ser aplicada a nuestra dirigencia. En Cuba la burocracia es prácticamente vitalicia, los dirigentes que concluyen sus mandatos pasan «a ocupar otras funciones», se reciclan, se convierten en asesores de otros burócratas, pero es claro que nunca sabrán lo que es vivir como «el pueblo en general», frase que detesto en lo personal por la carga de demagogia que porta.

Cuba necesita dirigentes que nazcan del pueblo, pero que regresen a él cuando concluyan sus mandatos. De ese modo nuestros gobernantes se apresurarán a realizar cambios que en plazos breves mejoren las condiciones de vida de cubanas y cubanos. Bien dijo Marx que la gente piensa según vive, y no a la inversa.



Fábula nueva

La palabra *pérdida* fue concebida en toda su magnitud tras el tornado del 27 de enero. «Perderlo todo» no es meramente quedarse sin un techo que proteja, una cama en la cual dormir, un plato donde comer o un abrigo para cubrirnos del frío.

El tornado destruyó asimismo cosas intrínsecas al mundo simbólico que las personas atesoran a través de generaciones y que, por tanto, son únicas e irrepetibles. Se trata de historias familiares que difícilmente pueden recuperarse: fotos de abuelos o padres fallecidos, imágenes de los hijos pequeños, retratos de bodas, cumpleaños, fiestas de quince, documentos significativos, cartas de amor, postales...

A diferencia de otros eventos meteorológicos, un tornado de la magnitud del que atravesó los barrios habaneros no distingue jerarquías, devasta con la misma facilidad viviendas de madera o de hormigón, techos de placa o fibrocemento. Igualitario en su ferocidad, convierte al solvente en pobre y al pobre en indigente. Advertidas las imágenes del desastre, hay que asombrarse, y agradecer, que las pérdidas humanas no fuesen mayores.

En apenas unos minutos la vida le cambió a miles de habaneras y habaneros. Al pavor de haber tenido la muerte frente a sí, de no entender qué ocurría, se sumaba el drama de perder, en muchos casos, el equivalente a una existencia de esfuerzos y sacrificios.

La respuesta de nuestro gobierno fue rápida. Se tiene aquí gran experiencia en movilizar recursos para casos de catástrofe. Y a pesar de que era imposible pronosticar el lugar y hora exactos del tornado, ahí estuvieron muy pronto las brigadas de la Empresa Eléctrica, de Etecsa, de Acueductos y Alcantarillados, los camiones y rastras para despejar viales...

En cinco días se restauró la electricidad y, al parecer, el movimiento constructivo se organiza cada vez mejor. Creo muy acertada la disposición de edificar residencias permanentes y no albergues de acogida, en los que sabemos que pueden permanecer las familias por décadas, de hecho, el tornado destruyó un hogar temporal donde radicaban sesenta de ellas.

Pero se requería más. Tantas eran las necesidades, y tan perentorias, que desbordaron a una burocracia lenta para diligencias, con tendencia a la centralización y no acostumbrada a enfoques casuísticos. El énfasis con que se aseveraba que se cobrarían bajos precios por la comida y los materiales de construcción a los que nada tenían, a los que debían empezar desde cero, no era lo que esperábamos.

A esto hay que sumar la inveterada costumbre burocrática de concentrarlo todo en almacenes para distribuir posteriormente. El presidente Díaz Canel lo pide, lo exige en cada reunión del Consejo de Ministros: se necesita rapidez, no se puede perder tiempo en trámites.

La pretensión de que la sociedad esperara por la convocatoria del Estado para apoyar a los damnificados y de que este decidiera sobre las donaciones, práctica usual en Cuba, fue claramente ignorada. A poco de la catástrofe se emprendieron acciones espontáneas,

pero muy bien encauzadas a través de las redes sociales, que permitieron crear una trama cívica encaminada a localizar a las personas, familias y barrios más vulnerables, identificar y priorizar determinadas necesidades y garantizar que, sobre todo, los niños y ancianos recibieran apoyo inmediato.

La ciudadanía ha protagonizado actitudes de gran humanismo, alejadas del antiguo sentido de beneficencia, con su lastre peyorativo y clasista. Personas que ni siquiera se conocían solo querían servir, ser útiles a los compatriotas que más lo necesitaban. Los jóvenes han sido hermosos en esas jornadas. Y los artistas, los intelectuales, los psicólogos, y la gente que ha prosperado pero necesita apoyar al prójimo, y otros que tienen poco pero igual desean compartirlo. Las ONGs, las embajadas de otros países y las instituciones religiosas han ofrecido su mano solidaria. Y las cubanas y cubanos que desde fuera de la Isla han creado todas las vías posibles para sentirse, como son, como nunca dejaron de ser, parte de este pueblo.

Claro que necesitamos un Estado con vocación social como el nuestro, solo él puede movilizar recursos en la proporción indicada para restablecer en breve la infraestructura destruida, las vías, las redes eléctricas e hidráulicas. Incluso, creo que es correcto organizar, sin que ello implique detener, el acceso de los que por su cuenta llegan a las zonas afectadas, con el fin de evitar accidentes. Los agentes del orden público deben facilitar —como al parecer está sucediendo tras confrontaciones iniciales— el apoyo espontáneo de los ciudadanos.

En estas adversas circunstancias el Estado también ha aprendido algo. Hemos demostrado que es preferi-

ble una ciudadanía espontánea, emprendedora y autónoma. Quizás no tan disciplinada como es lo «políticamente correcto», pero en cambio más sincera, más decidida a ser un verdadero factor de transformación y mejoramiento social; movilizadora por amor a los demás, no por consignas y convocatorias políticas —de cualquier signo—, que tienen resonancia demagógica en medio de la destrucción. Como escribió alguien que no conozco en Facebook: «El mejor voto de todos: Yo «voto» escombros».

Las estructuras convencionales, como sindicatos y organizaciones políticas y de masas no fueron imprescindibles para que la gente se involucrara con activismo y civilidad, entre derrumbes y lágrimas. Una aguda publicación de Rafael Hernández, director de la revista *Temas*, en su muro de Facebook devela las lecciones que ofrece el escenario pos-tornado a la política en Cuba:

- 1) La capacidad subutilizada de la sociedad civil para actuar en línea con los problemas del país, movilizándolo y aportando sus recursos, sin esperar orientaciones, con eficacia y prontitud, en coordinación con instituciones locales;
- 2) el imperativo de que esas instituciones respondan no solo a lo que viene de arriba, sino a canalizar lo que surge abajo, con la autonomía de un poder local real;
- 3) el significado de ese aporte voluntario y resuelto, dirigido a entregar directamente, donde más falta hace, como un acto de participación real, no de caridad momentánea o movilización formal;

- 4) la potencia cívica y cultural de esa experiencia para sus protagonistas: los que aportan, los que reciben, los que reparten, los que ayudan;
- 5) sentir, no nada más ver, la pobreza, la sociedad profunda, que la mayoría no vivencia ni comprende y sin cuyo rescate no hay bienestar ni justicia social para todos».

Y concluye con preguntas cruciales:

¿Podemos aprender de estas lecciones para el día a día de la política, arriba y abajo? ¿Para entender que una sociedad más justa no es simple crecimiento, sino seguridad y bienestar? ¿Que sin participar, involucrarse, motivarse, no hay educación política real? ¿Que las necesarias medidas de control y seguridad no pueden castrar o posponer la fuerza de esa sociedad para curarse a sí misma? ¿Que sin descentralización, autonomía, confianza en la gente, la renovación es solo consigna? ¿Que la unidad, sin tomar en cuenta esa sociedad real, es un conjunto vacío? ¿Que esa cultura es la que hay que salvar? No hay conjunto de normas, ni Ley de leyes, que replacen estas certidumbres.

Habló el politólogo. Ahora que lo haga el poeta, el que hasta en su obra lírica transmitió sabiduría política, y humana. La fábula que Martí publicó en *La Edad de Oro* sobre la disputa entre la montaña y la ardilla, bien puede representar una hipotética controversia entre el Estado y la ciudadanía.

CADA UNO A SU OFICIO

(Fábula nueva del filósofo norteamericano Emerson)

La montaña y la ardilla

tuvieron su querella:

– «¡Váyase usted allá, presumidilla!»

dijo con furia aquella:

A lo que respondió la astuta ardilla:

– «Si que es muy grande usted, muy grande y bella:

mas de todas las cosas y estaciones

hay que poner en junto las porciones,

para formar, señora vocinglera,

un año y una esfera.

Yo no sé que me ponga nadie tilde

por ocupar un puesto tan humilde.

Si no soy yo tamaña

como usted, mi señora la montaña.

usted no es tan pequeña

como yo, ni a gimnástica me enseña.

Yo negar no imagino

que es para las ardillas buen camino

su magnífica falda:

difieren los talentos a las veces:

Ni yo llevo los bosques a la espalda,

ni usted puede, señora, cascar nueces».



Gazapo filosófico

A fines del 2008 había entregado mi tesis para optar por el grado de Doctora en Ciencias Filosóficas y esperaba con ansiedad las oponencias. Esta es una fase crucial, pues define la recepción de la investigación entre los expertos. Finalmente ambas oponencias fueron favorables, aunque por supuesto, y como siempre ocurre, hacían sugerencias recomendaciones y evidenciaban imprecisiones.

Una de ellas fue mi planteamiento de que la generación de Juan Marinello había asumido en su juventud, a través de la filosofía irracionalista y de las vanguardias artísticas, «la adhesión a los eternos valores éticos, a las reliquias nacionales».

Hube de reconocer al oponente que señaló el desliz, que no era acertada la utilización del término *eternos* para referirme a los valores éticos, por cuanto ellos poseen sustento material y gran dinamismo, esto quiere decir que cada época genera su propio sistema de valores.

Lo correcto hubiera sido plantear que esa generación había recurrido a valores éticos que siempre potencian un aumento de la cohesión social en períodos de dificultades, como fueron los años veinte del pasado siglo en Cuba. Fundamenté también que es característico que en épocas de crisis económica y social se manifieste un auge de las ideas religiosas, de tendencias artísticas evasivas o transgresoras y, sobre todo, de la búsqueda de ideas tendientes al mantenimiento de la unidad nacional

y que se manifiestan a través de símbolos, en miradas al pasado y a momentos que se consideran heroicos y trascendentales en la historia y la cultura.

Los valores son las normas que rigen nuestras vidas, el conjunto de puntos de vista sobre el bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto, lo moral y lo que se considera inmoral. Se clasifican según diferentes puntos de vista y considerando el nivel de mayor o menor incidencia social. Es así que puede hablarse de valores éticos públicos o cívicos y de valores éticos privados o personales.

En la Cuba posterior al derrumbe del socialismo, el tema de la pérdida de valores ha generado gran cantidad de investigaciones. Algunos, con entusiasmo estéril, se han propuesto rescatarlos.

En julio de 2013, el entonces Presidente del Consejo de Estado y de Ministros, en una intervención ante el Parlamento, se lamentaba de que: «Hemos percibido con dolor, a lo largo de los más de veinte años de Período Especial, el acrecentado deterioro de valores morales y cívicos, como la honestidad, la decencia, la vergüenza, el decoro, la honradez y la sensibilidad ante los problemas de los demás».

No eran los valores los que se habían *perdido* en realidad. Eran las transformaciones que el Período Especial ocasionaron en las vidas de las personas las que habían modificado sus percepciones respecto a qué era lo bueno y lo malo, lo correcto y lo incorrecto, etc. Pero no solo los valores éticos privados o personales habían cambiado, también lo hicieron los valores públicos o instituidos. Por poner solo un ejemplo, los que en los años setenta, ochenta y noventa se enjuiciaban como «estímulos materiales a los trabajadores», entrado el siglo XXI serían vistas como «gratuidades indebidas».

La nueva Constitución asume diversas formas de propiedad. Sin declararlo, asume también la existencia de varias clases sociales. Deberá asumir entonces que ellas generan un sistema de valores propios. En su excelente *El dieciocho brumario de Napoleón Bonaparte*, obra de gran vigencia para analizar el auge y declive de una revolución paradigmática, Carlos Marx explica:

Sobre las diversas formas de propiedad y sobre las condiciones sociales de existencia se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida diversos y plasmados de un modo peculiar. La clase entera los crea y los forma derivándolos de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes.¹

En el articulado constitucional se hace referencia en diversas ocasiones a los valores de nuestra sociedad o del socialismo. El artículo 13 enumera, entre los fines esenciales del Estado, en el inciso g: «afianzar la ideología y la ética inherentes a nuestra sociedad socialista».

Por su parte, el artículo 32, cuando manifiesta que el Estado orienta, fomenta y promueve la educación, las ciencias y la cultura en todas sus manifestaciones; plantea en su inciso h que «se promueve la libertad de creación artística en todas sus formas de expresión, conforme a los principios humanistas en que se susten-

¹ El 18 brumario de Luis Bonaparte, en Karl Marx Biblioteca Virtual Espartaco, Proyecto Espartaco, 2002-2001 <http://www.espartaco.cjb.net>, capítulo II.

ta la política cultural del Estado y los valores de la sociedad socialista».

Dado que hay que establecer la legislación complementaria que convierta en operativa a la Constitución, sería necesario que los legisladores reflexionen bien antes de atribuir valores que ya no respondan a la sociedad que tenemos hoy o, mucho menos, a la que vendrá en un futuro inmediato. Recomiendo, ante la duda, que se atengan únicamente al artículo 40: «La dignidad humana es el valor supremo que sustenta el reconocimiento y ejercicio de los derechos y deberes consagrados en la Constitución, los tratados y las leyes».



El gran círculo

Existen en los procesos históricos extrañas recurrencias cronológicas. Ciclos que asombran por sus similares duraciones. Especie de números mágicos que dividen las estructuras temporales. En la Cuba posterior a 1959 esa cifra encantada —glosando a Lezama Lima—, parece ser el 30. Y no por la épica promesa de que para el 2030 tendremos una nación «soberana, independiente, socialista, democrática, próspera y sostenible»; sino porque si fraccionamos todo el devenir socialista, que acaba de cumplir su sesenta aniversario, veremos que hay dos ciclos de aproximadamente treinta años que es muy sugestivo comparar.

Al finalizar el primero de ellos, recién iniciada la década de los noventa, la Isla se encontró en una situación crítica. El derrumbe del campo socialista le hizo perder a sus principales socios comerciales, al mercado donde situaba la mayor parte de sus exportaciones, a su país-pilar energético, la URSS, y a una comunidad ideológica que se autoproclamaba el futuro de la humanidad y sobre la que habíamos erigido un imaginario colectivo.

El golpe sería terrible, tanto en la economía, a nivel sociológico, como en la existencia individual de las personas. Una de las peores consecuencias, en sentido anímico, fue el desconcierto, la sorpresa, por la desaparición de un bloque geopolítico que parecía tan fuerte y por el que nos sentíamos protegidos. Y no puede olvidarse tampoco la subsiguiente ola de derechización

neoliberal, que endureció los postulados capitalistas y, a nivel de sustento ideológico, esgrimió la Teoría del Fin de la Historia.

Han pasado casi tres décadas desde entonces. Este año se cerrará el segundo ciclo de treinta, vividos todos tras la desaparición del campo socialista, y que puede subdividirse a su vez en dos etapas de quince años, los primeros dirigidos por Fidel (1990-2005) y los segundos por su hermano Raúl Castro, si bien hace apenas un año ya no como presidente de los Consejos de Estado y de Ministro pero sí en su función orientadora de secretario general del PCC.

Si hacemos un balance conclusivo de este ciclo, asombran las similitudes de la encrucijada a la que arriba Cuba en la actualidad. Pareciera una especie de *deja vú* en la marcha de la revolución socialista, como si hubiera caminado en círculo, un enorme círculo, y se acercara nuevamente al punto de partida.

El bloque geopolítico que nucleó a la izquierda continental alrededor del ALBA, y de la proclamación ideológica del Socialismo del siglo XXI, está en un momento de franco retroceso. Venezuela, el país-pilar energético al que nos anclamos desde inicios del tercer milenio, lucha por mantener un gobierno que, entre los errores propios y las presiones exteriores, parece incapacitado para reorganizar su economía y funcionar con normalidad. Hemos visto afectadas las relaciones económicas y comerciales, dependientes sobre todo de la exportación de servicios médicos y profesionales y del turismo.

Igual que en el pasado reciente, la agresividad de un polo aparentemente vencedor — por ahora, pues recordemos que los ciclos de decadencia también le han

jugado malas pasadas al neoliberalismo y al conservadurismo político—, nos deja en un escenario donde el capital exterior en el que tanto confían nuestros decisores, tan volátil y cauto ante contingencias políticas e inseguridades, no puede aportar con estabilidad y prontitud lo que necesita Cuba para acabar, por fin, de despegar.

Sin embargo, cuando me represento la imagen de un círculo tengo muy claro que nunca se llega igual al punto de partida. A nivel de la sociedad cubana han ocurrido sustanciales modificaciones en estas tres décadas. Primero, porque todas las personas no han sufrido del mismo modo los años duros y la pobreza, tampoco son las mismas generaciones, ni la confianza, ni la paciencia o capacidad de resistencia, ni el nivel de compromiso político, ni existe ya el monopolio de la información y de las campañas ciudadanas, y sería una imagen terrible para este planeta interconectado percibir el sufrimiento y las privaciones que desgraciadamente conocimos en los noventa. Si la posibilidad susurrada por muchos de un nuevo período especial se hiciera realidad, nunca volvería a repetirse exactamente ni con análogas reacciones internas.

Casi a las puertas de un tercer ciclo se propone nueva estación de partida en la larga marcha: inauguramos otra Constitución, que debe votarse en referéndum en apenas tres días. Las consignas por un voto a favor han sido diversas: «por la unidad», «por el honor de la patria», «por los sueños de Fidel y de Raúl», «por la revolución que comenzó en 1868»... Casi todos los llamados recurren al pasado, tan caro a los ideólogos oficiales. Al escuchar esos reclamos evoco una frase que el joven Juan

Marinello apuntó en sus *Notas de sociología* de 1918: «poner los ideales de un pueblo en el pasado es condenarlo al estacionamiento».¹

A pesar de que, en efecto, la nueva Constitución es superior en mucho a su predecesora algo no varía en ella: la posibilidad de que la ciudadanía controle directamente el acceso a los cargos de dirección. Si bien con ausencias paradigmáticas como las de Fidel Castro, la clase política que rige hoy en los niveles del Partido y el Estado en Cuba es en esencia la misma que presencié la caída del campo socialista y la que condujo al país a un punto tan similar al de treinta años atrás.

Ya fuera por imprevisión, ineptitud, lentitud en las reformas, experimentos inacabables, apego a un modelo que siempre fue caduco, mayor confianza en el capital externo que en el propio u otros factores; lo cierto es que dicho grupo dirigente no despierta la confianza necesaria para manejar los destinos del país si se materializa un muy probable arreciamiento de la crisis.

Si durante treinta años no pudo cambiar, ¿por qué pensar que lo hará ahora? No son las mentalidades las que hay que sustituir, esa pretensión ha resultado una quimera. Son las mentes, y eso solo es posible sustituyendo a las personas con ideas viejas por otras con ideas nuevas. Las ideas socialistas también pueden ser nuevas.

A fin de cuentas una Constitución, por excelente que sea, es un papel escrito que tiene el valor que le confieran la actuación y el respeto de los políticos. ¿O vamos a

¹ Juan Marinello y Andrés Silva: *Notas de Sociología tomadas en las clases del Dr. Cuevas Zequeira*, Imprenta Girón y Xiques, Luz y Compostela, La Habana, 1918.

culpar a la Constitución de 1976 de que no hayamos podido por décadas viajar al extranjero sin pedir permiso, o vender nuestras casas y autos, u hospedarnos en nuestros propios hoteles?, ¿en qué línea de su cuerpo legal se prohibía?

En el debate popular miles de personas solicitaron votaciones directas y secretas para el Presidente de la República y otros cargos. La Comisión revisadora entendió que esto era violar la cláusula de intangibilidad. Nos condena entonces a seguir viajando en el tiempo, sin claridad en el momento y punto de llegada.

Otros pueblos han perdido su rumbo por largos años. Las doce tribus de Israel recorrieron el desierto en pos de la tierra prometida durante cuarenta. Nosotros llevamos sesenta buscando puerto seguro. Con una *pequeña* diferencia, a ellos les caía maná del cielo.



Osadía selectiva

Nuestra televisión se torna francamente temeraria. Libertad, dirán unos; libertinaje, será la opinión de otros. Nunca se logra complacer a todos. Lo cierto es que la conocida máxima de que «*todos los caminos conducen a Roma*», en nuestros medios se manifiesta de esta forma: *todos los caminos conducen al sexo*. Sea abordando el respeto y los derechos asociados a la diversidad sexual, o difundiendo la existencia de tendencias aún menos comunes en las prácticas sexuales, estos asuntos son de los más recurrentes en los últimos tiempos.

Pero que nadie se equivoque, constantemente se aprende algo nuevo acerca del tema. Así me ocurrió al ver el programa *Pasaje a lo desconocido* del pasado viernes, dedicado al tema: *Swingers* en Cuba. Lo primero fue descubrir que existe algo denominado movimiento o fenómeno *swinger*. Según lo escuchado y lo que leí después, lo resumo, un poco en broma, más o menos así: onda retro a los hábitos sexuales de la horda, claro que con mayor refinamiento y sin que sean rechazadas costumbres cronológicamente posteriores, como el matrimonio y el tabú del incesto. Qué alivio esto último.

Los *swingers* son personas que tienen una postura totalmente libre en relación a las prácticas sexuales. Las parejas no se traicionan pues participan — o permiten —, de común y absoluto acuerdo, en el establecimiento de

relaciones sexuales con otras personas, ya sea en grupos, individuales, juntos o separados, conocidos o desconocidos... en fin. Que nadie piense en el casi tradicional intercambio de parejas, esto es más transgresor.

Y tenemos club de *swingers* en Cuba. Y para mi sorpresa estaba invitado a hablar de él su presidente. Muy correcto y protocolar. No aclaró cómo fue elegido, si directa o indirectamente, sin embargo, explicó el sentido de la organización, las formas de acceder a ella; el incremento constante de la membresía; el uso de las nuevas tecnologías para concertar citas; la situación en otras provincias... Pronosticó también que seguirán creciendo como parte de una tendencia mundial.

Por supuesto que hubo una valoración desde la ciencia, de ello se ocupó la talentosa, amena y excelente comunicadora Patricia Arés, Doctora en Ciencias Psicológicas. Esto dejó aclarado sobre la materia: que es una práctica contracultural de las relaciones sexuales y que no disuelve el matrimonio pues se basa en el consenso de los cónyuges, lo que mantiene a salvo la fidelidad. A cambiar entonces el anticuado refrán, que entre los *swingers* seguramente es: «Ojos que sí ven, corazón que no siente».

De que las opiniones son conflictivas dan certeza las reacciones a un comentario sobre las parejas *swingers*, colgado por el periodista Fernando Ravsberg en su muro de Facebook. A un lado de la cancha algunos expresan: «lo mío es mío... y de nadie más»; otros lo catalogan de «animalidad primitiva», «difícil de asimilar para muchos», «triste canto posmoderno a la ausencia del compromiso», «vamos en retroceso,

la sociedad está podrida»... Al otro lado, unos pocos acusan a los que así piensan de «gente reprimida y convencional» con «moralina rancia y retrógrada» y fundamentan que «las actividades sexuales de cada quien, siempre que sean consentidas, son tan respetables como inclasificables, ya se realicen en pareja, en solitario o en grupo...».

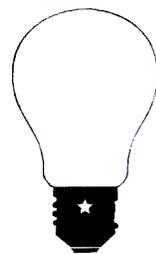
En lo personal no comparto ni de lejos la *filosofía swinger*, aunque creo que en el ámbito de las relaciones sexuales deben respetarse las elecciones privadas. Más me preocupa el hecho de que somos surrealistas. Si la Biblia asevera que será más fácil para un camello entrar por el hueco de una aguja que para un rico entrar al reino de los cielos; yo les digo que en Cuba es más fácil que un club de *swingers*, o no descarto que hasta de adorador@s del dios Príapos —divinidad fálica entre los antiguos griegos—, se presente en la televisión cubana antes de que pueda hacerlo un grupo de jóvenes anarquistas, o de simpatizantes del trotskismo, o de defensores de un socialismo antiburocrático; y no menciono otras tendencias so riesgo de que me denominen, cuando menos, centrista.

Reynaldo Taladrid, el conductor del programa, valoró con mucha razón que los *swingers*, a pesar de que muchos no compartan sus puntos de vista, tienen derecho a explicitarlos. Valioso precedente ese; es una lástima que solamente aplique para hablar de costumbres sexuales y no políticas.

Si continuamos por ese camino, pronto habrá que «cambiar todo lo que debe ser cambiado» en los libros de filosofía, y sustituir ciertas frases, que son casi subversivas,

por otras más apropiadas a esta época. Por ejemplo, el aristotélico apotegma: «El hombre es un animal político», podría mutar en: «El hombre es un animal sexual». En lugar del descartiano: «Pienso, luego existo», aquí se diría: «Sexo, luego existo». Y qué decir de la exhortación de Carlos Marx, que pudiera quedar modificada del siguiente modo: «Proletarios de todos los países, uníos... en la cama».

Polemizo, luego existo.





Bienvenida la polémica

Respuesta a Miguel Alejandro Hayes¹

No es común participar en un debate público en Cuba, pero los blogs y publicaciones que proliferan en la red de redes nos hacen rescatar esas costumbres, por ello agradezco la oportunidad a Miguel Alejandro. Mariátegui decía que el valor de una idea estaba casi íntegramente en el debate que suscitara. Jorge Mañach consideraba la polémica como un deber cívico. A ellos me atengo.

Las discusiones sobre el tema del personalismo político fueron una constante del pensamiento republicano. Esto se exacerbó ante las maniobras de Gerardo Machado para la prórroga de poderes desde 1927. En ese escenario apareció *Biología de la Democracia (Ensayo de Sociología Americana)*, del joven minorista Alberto Lamar, texto que suscitará una álgida controversia. Emilio Roig de Leuchsenrig, redactor literario de la revista *Social*, no le negó espacio en ella a un fragmento del controvertido libro. Sin embargo, publica una nota, firmada por otros minoristas, en la que acusan al autor de poner su pluma al servicio del gobierno e intentar dotarlo de una teoría que justificara sus características dictatoriales.

¹ Nos conocimos a través de esta polémica, lo que no ha impedido que seamos muy buenos amigos y ambos colaboremos como parte del equipo de LJC.

Después le envía sus padrinos para un duelo que no llegaría a efectuarse.

La tesis de Lamar pretendía demostrar que la democracia no era practicable en América Latina, en contraposición a la civilizada Europa y a los Estados Unidos. Propone entonces gobiernos fuertes para la región, pues «el caudillismo, vicio social y carácter psicobiológico, persistirá siempre». El derecho al sufragio no tenía que perderse, solo que se sustituía el «derecho al voto» por «el deber de votar por el caudillo».²

Yo descubro consternada puntos coincidentes entre sus ideas y las de Miguel Alejandro. Ahora es el segundo quien dice:

Igual considero pasó con América Latina en otra época: esos pueblos, ya fuera de las garras del imperio español, no estaban maduros como individuos para construir las sociedades soñadas.³ [Años de coloniaje y penetraciones foráneas] han sumido a América Latina en un atraso que la sitúa en desventaja respecto al civilizado continente europeo.

La construcción social no puede esperar a que todos los ciudadanos tengan la suficiente preparación para ejercer ese modelo sin un hombre como centro. Como pueblos resultantes de dominaciones extranjeras, debemos pagar por ahora ese precio con nuestro subdesarrollo.

² Alberto Lamar Schweyer: *Biología de la Democracia*, La Habana, 1927, p. 91 y p. 129.

³ Todas las citas de Miguel Alejandro Hayes, son del artículo «Las revoluciones y sus líderes», en LJC.

Solo me tranquiliza que la costumbre de batirse en duelo ha quedado en el olvido. No imagino qué pasaría si Emilito leyera LJC.

Otra cuestión, no desdeñes el tema de los grupos de poder, que «degeneran en casta» según el Apóstol. El estalinismo al que te refieres es el mejor ejemplo de ello: el líder muere en 1953, y tras un breve período de deshielo y una tímida denuncia de los crímenes cometidos —que trascenderán en toda su crudeza mucho después—, se mantiene el modelo, pues la burocracia partidista no sabía, y no quería, gobernar sin sus privilegios. Y el modelo se expandió a todo el campo socialista, a veces por la coacción y la imposición violentas: Polonia y Hungría en 1956 y Checoslovaquia en 1968. Y sí, Miguel Alejandro, respondiendo a tu pregunta, esa sociedad *pudo y debió* hacer más de lo que hizo.

Recuerda también que la «mano dura» de Stalin que destacas como un factor importante en la dirección de la guerra y en la victoria contra el fascismo, también había sido responsable de las derrotas iniciales: había fusilado al setenta y cinco por ciento del estado mayor, lo que incluía a los oficiales soviéticos más experimentados; desoyó los avisos de Richard Sorge y otros agentes que informaron sobre la fecha exacta de la invasión hitleriana; y él mismo se prestó, entre 1939 y 1940, a invadir territorios vecinos como parte del Tratado Ribentrop-Molotov.

Respecto a tu juicio de que «Pudiéramos pensar que ellos [los líderes] se han impuesto, pero en realidad la sociedad los ha aceptado, porque es a donde la llevan sus capacidades y necesidades: ellos han sido un resultado que ha venido a resolver las adversidades que se

enfrentan»; mi opinión es diferente. Se puede llegar a un punto en el que ya no sea posible discernir qué se necesita más, si el pueblo al líder o este a la situación de adversidad y peligro que justifica su permanencia en el poder. Se postergan a veces transformaciones cruciales justificando la demora con peligros o amenazas. Martí no lo admitía, pues: «Ni la política ha de ser arte de escarceos, retazos y tráficos, ni es digno de la confianza de su país el que mira más a parecer bien a sus adversarios, — por su seguridad y gloria de hombre hábil —, que a intentar y realizar todas las mejoras que crea beneficiosas a su pueblo».⁴ Llegados aquí podría ocurrir que, de ser un resultado de la adversidad, un líder llegara a convertirse en causa de ella.

Me dices que «Todos nuestros flujos de izquierda progresista han tenido esas características». Y ¿cuál ha sido el resultado Miguel Alejandro?

Confieso que no pude evitar una sonrisa al leer: «Por eso espero que esos líderes generen el proceso que poco a poco reproduzca una sociedad que difunda las buenas prácticas, no por la voluntad de sus líderes, sino por su propio funcionamiento». Envidio tu confianza, pero jamás he visto que los líderes de larga data generen un proceso verdadero y desinteresado de cambios y buenas prácticas que pongan en peligro su estatus.

⁴ «Carta al Director de La Opinión Nacional», Nueva York, 20 de agosto de 1881. *Obras Completas*, t. 9, p. 364.



La Bastilla ideológica

Aunque me gustaría, no suelo responder a los comentaristas de LJC, no dispongo del tiempo y las posibilidades de conexión que me lo permitan; sin embargo, leo siempre con atención sus criterios. Con algunos concuerdo, con otros no; agradezco en lo interno el respeto con que me trata la mayoría de ellos. Eso es lo normal. O debería serlo.

Hoy me siento obligada a hacer una excepción. En el artículo «Amigos sin barreras», alguien que se refugia bajo el paradójico seudónimo de Visor Cubano motiva estas meditaciones. El referido lector, a todas luces un fraseólogo revolucionario (ningún argumento, postura absolutista, determinaciones rotundas, fe ciega, apelación al principio de autoridad y etiquetas, muchas etiquetas), lanza una serie de acusaciones que son bastante habituales y que no me hubieran movido a escribir una letra. Por ejemplo, en el campo ideológico soy una neoliberal y simpatizante de la tercera vía; en el campo intelectual una ignorante. Pero seguida a esas denostaciones, y con el mismo desprecio, me atribuye lo que parece ser para él el *non plus ultra* de las ofensas: la palabra «ciudadana».

El Visor-invidente quizás desconozca que para llegar a ese estatus que deplora, se inmolaron durante décadas miles de compatriotas de todas las clases y sectores sociales. Ríos de sangre corrieron en esta Isla para que los cubanos dejáramos de ser súbditos de

una monarquía y nos convirtiéramos en ciudadanos de una república.

Así mismo había ocurrido antes, en la Francia de 1789. Allí, al grito de *¡avanc cittollents!*, marcharon juntas las más disímiles personas: artesanos, panaderos, verduleras, medianos y pequeños propietarios, intelectuales, sacerdotes de las pequeñas parroquias, soldados, mujeres *de vida alegre*, los *sans culottes*, que serían en el argot de un fraseólogo «el pueblo en general». Desconocidos entre ellos, ricos y pobres, instruidos unos e iletrados muchos; al proclamarse ciudadanos se paraban en pie de igualdad, dignos y desafiantes, frente a la nobleza que los despreciaba.

Una pregunta es crucial para aquellos que tachan de ciudadanos, como si escupieran la más vil infamia, a todos los que pensamos diferente. Si nosotros somos los ciudadanos, entonces ¿quiénes son ustedes? En Francia estaba bien definido, y la historiografía atribuyó el concepto de *ancien régime* a una sociedad feudal inmovilizada, empobrecida, llena de privilegios para una casta que se transmitían por derecho divino y por herencia; minoría selecta que se veía a sí misma cual elite social y que terminó adorando al doctor Guillotín en sus momentos postreros.

¿Quiénes son ustedes que se adjudican esos nombres de estirpe *orwerliana* como Visores, Pupilas y Observatorios ideológicos? Y sobre todo, ¿a quién representan si no es a la ciudadanía? Deberían ser prudentes en sus declaraciones, pues pudiéramos pensar que habitan una fortaleza blindada, construida de medias verdades y ocultamientos, de privilegios y falsedades, aislada de los ciudadanos; una fortaleza que puede caer, como ocurrió con la Bastilla.



El ojo de Sauron

Me encanta Tolkien. Releo *El señor de los anillos* cuando necesito descansar, tras editar o escribir durante horas. Se dice que el texto contiene una serie de símbolos que hacen reconocible la Europa de la época del fascismo. Pero una obra es universal si trasciende su contexto. Debe ser cierto, pues en los últimos días una imagen ha venido a mi mente de forma recurrente al ver cómo se ha tratado de manipular y estimular la diferencia de criterios ideológicos entre Cuba Posible y el blog La Joven Cuba.

En una torre muy alta, un ojo sin párpado, con la pupila en llamas, mira a lo lejos. Se siente amenazado y no sabe dónde está el peligro, así que desconfía de todos y a todos amenaza. No logro apartar esa descripción cuando percibo cuán vivas están las antiguas costumbres que fijan posiciones inmutables, cercados de ideas, en el campo ideológico.

Esas posturas desconocen el apotegma filosófico que afirma que cualquier principio, cuando es llevado a su máxima expresión, se convierte en su contrario. Olvidan además que los posicionamientos ideológicos que les exigen fijar a otros para ser considerados confiables, han sido muchas veces relegados por ellos cuando ha convenido.

¿Dónde estaba fijada la línea cuando aceptamos el alineamiento con la URSS luego de que ese país negociara con el gobierno norteamericano la retirada de los

misiles sin incluir a Cuba en la mesa de conversaciones?, ¿dónde cuando hace medio siglo hicimos a un lado el principio de soberanía y no injerencia en los asuntos de otras naciones y no condenamos la intervención soviética en Checoslovaquia?

Historiadora al fin, no puedo dejar de recurrir a un interesante intercambio epistolar, de diciembre de 1935, entre Pablo de la Torriente Brau y Raúl Roa, ambos simpatizantes de la línea del Partido Comunista, aunque sin ser miembros. Sus cartas permiten ilustrar uno de aquellos momentos en que la línea *se borraba*. A Pablo le preocupaban algunos acercamientos recientes del Partido hacia sectores políticos no revolucionarios y los argumentos débiles que manejaba para hacerlo. «Porque yo creo que la dialéctica también tiene moral», escribió. «Para nosotros la dialéctica debe ser una espada flexible: flexible, pero de acero. Y siempre una espada».¹ No se dijo en qué consistían los «acercamientos» del Partido, ni cuáles eran los «sectores políticos no revolucionarios» con los que se producían; a pesar de ello, las alianzas posteriores con Batista permiten llenar estos vacíos.

La cruzada ideológica de la que se ocupan cada día los habitantes de la torre en permanente vigilia, los torna más dogmáticos e incapaces de ejercer la crítica con objetividad. Se muestran de ese modo insensibles a las necesidades inmediatas del pueblo al que dicen representar. Esto explica que no dediquen el menor espacio

¹ Citada por Fernando Martínez Heredia en «Pablo y su época», *La Revolución Cubana del 30. Ensayos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2012, pp. 183-184.

a nuestros problemas internos. Tampoco se atreven a analizar los de sus aliados ideológicos, por graves que estos sean.

La respuesta no se ha hecho esperar, y se aprecia entre otros hechos en la disminución de la cantidad de visitas que tienen. Si la gente va a pagar muy caro el acceso a internet, ¿qué sitios visitará?, ¿aquellos donde observa que se dirimen sus preocupaciones y se analiza el complejo panorama de Cuba; o los que, provistos de un catalejo, solo pueden ver las dificultades de otros?

Y hablando de cadáveres políticos. ¿La respuesta de los lectores no los alerta de que ha ocurrido un agotamiento de su estrategia?, de que no convencen con los deslucidos expedientes de almacenar correos y fotos para intentar desacreditar a los que indudablemente van ganando en credibilidad, porque quien no es capaz de cambiar de opinión no puede cambiar nada. Sí, es una frase de Churchill pero muy atinada.

En un lúcido discurso pronunciado el año 2005 en la Universidad de La Habana, Fidel reconocía la posibilidad de que el proceso revolucionario pudiera ser derrotado desde dentro.² Hacia ello tienden aptitudes como las de los eternos guardianes de la fe que intentan echar leña al fuego ideológico de los medios digitales y no distinguen la punta de su meñique.

Adoro a Tolkien. ¿Recuerdan el final de *El señor de los anillos*? La pupila llameante del ojo sin párpado que

² Discurso pronunciado en la Universidad de La Habana, el 17 de noviembre de 2005, con motivo del aniversario de su matrícula al alto centro de estudios.

escrutaba la lejanía, mirando a lo lejos, cada vez más lejos, sintiéndose superior a todos; sin percatarse de que la destrucción estaba muy cerca, detrás de él, en la mano de un pequeñito de pies peludos que portaba el anillo único.



Los múltiples rostros del estalinismo

(Polémica con Carlos Luque Zayas Bazán)

Para romper armas en defensa de la verdad, cual caballero andante de los medios digitales, no basta con poseer apellidos de ilustre resonancia. Si se procura incursionar con seriedad en los terrenos de la polémica, hay que acompañarse también de miradas certeras y muchas lecturas. Vista así la cuestión, solitario marcha al combate Carlos Luque Zayas Bazán. Al menos es lo que se deduce de un breve artículo que publicó en el sitio digital *Rebelión*, donde me acusa de mentir por dos criterios que esgrimí en el post «Los otros».

La primera cuestión de la controversia es su aseveración acerca de que

en La Pupila Insomne no se ha declarado «enemigo de la revolución» a cualquiera que explicita inconformidades con la marcha del proceso, la burocracia dirigente y la dirección y velocidad de las transformaciones en la Isla [...] No creo que los colaboradores de La Pupila Insomne hayan demostrado ser tan obtusos como para pretender como válida semejante gratuita generalización.¹

¹ Carlos Luque Zayas-Bazán: «La verdadera enemistad de Alina Bárbara Hernández» [sic.], en sitio digital *Rebelión*.

Esclarecer este aspecto es muy sencillo. Al parecer, Luque no ha leído todo lo publicado en LPI, de ser así habría topado con un extenso artículo del Doctor en Ciencias Históricas Orlando Cruz Capote, colaborador asiduo del blog. Su título es: «El tránsito socialista: rumbo estratégico al comunismo. Unas primeras notas reflexivas inconclusas. (1ra parte)».

En la nota 24 de ese escrito, el autor se refiere al modo en que se manifiesta «la lucha de ideas alrededor de la Constitución», y afirma:

Algunos escriben en distintos espacios de internet – Facebook, blogs, páginas web, etc., – y han ido derivando en opositores, adversarios y enemigos de la Revolución Cubana, como pueden ser: *La Joven Cuba, Espacio Laical, Casa Cuba, Cuba Posible, OnCuba, Bloggers Cuba, El Toque, El Toque Cuba, Voces Cubanas, CiberCuba, Diario de Cuba, BBC Mundo, Havana Times, Voces desde Cuba, 14 y medio, La Chiringa de Cuba, Periodismo de Barrio, Salir a la Manigua, Cuba Decide, El Nuevo Herald, Progreso Semanal, Cubanet, Otro 18*, etc.

El subrayado es mío, para que Luque constate que sí se ha hecho esa generalización gratuita, o para ser más exactos, esa aseveración tan desacertada. Sin embargo, prefiero pensar que lo desconocía, pues de lo contrario sería él quien estaría faltando a la verdad que defiende con brioso ímpetu.

El segundo tema en controversia ofrece la oportunidad de esclarecer un error común cuando se trata de juzgar al estalinismo. Es costumbre que se conceptua-

licen bajo ese término los crímenes ordenados por Stalin, que incluyeron eliminación física, torturas y reclusión de personas en *gulags* o campos de trabajo. Ellos fueron denunciados en el Informe Secreto al XX Congreso del PCUS, leído por Nikita Khrushchev el 25 de febrero de 1956.

Los efectos de esa criminal política de Estado no se extrapolaron a Cuba, y en eso coincidimos Luque Zayas Bazán y yo. Aun cuando sostengo la opinión de que debimos desmarcarnos absolutamente de los crímenes de Stalin no recibiendo en nuestro país a un hombre como Ramón Mercader, que asesinó a Trotsky por sus órdenes expresas; y más si tenemos en cuenta la imprudente recurrencia que tal decisión evidenciaba, ya que el muralista mexicano David Alfaro Siqueiros, que estuvo vinculado a un anterior intento de asesinato de Trotsky y era buscado por la policía de su país, también recibió una calurosa acogida en Cuba en 1943, en el período en que el Partido Comunista – para la fecha Unión Revolucionaria Comunista – formaba parte de la coalición gobernante, con Batista como presidente.²

² Debido al intento de asesinar a Trotsky –en la madrugada del 23 al 24 de mayo de 1940–, que se consumó finalmente tres meses después por mano de Ramón Mercader, Siqueiros tuvo que exiliarse en Chile en 1941. Arribó a Cuba a fines de 1943 de paso para Nueva York, pero quedó estancado en la Isla por problemas consulares, ya que la orden de captura que había librado contra él su gobierno motivó que se le negara la visa de entrada a Estados Unidos. Durante su estancia realizó una significativa labor, apoyado en sus relaciones con los comunistas cubanos, e incluso creó tres pinturas murales. (Para profundizar recomiendo mi artículo «Un muralista mexicano visita La Habana», en la columna Páginas olvidadas de la historia republicana, que sostengo en el boletín del

Sin embargo, esa política físicamente represiva, que se exhibe como la cara más terrible y notoria del estalinismo, no fue su única característica y, de hecho, se abandonó como práctica sistemática tras la muerte de Stalin en 1953.

El estalinismo dejó asimismo otras huellas, menos sanguinarias pero más duraderas, que se manifestaron en la desviación teórica e ideológica que significó respecto al marxismo y que sí afectaron a Cuba desde mucho antes de su entrada al sistema socialista mundial.

En el propio Informe Secreto se admitía: «[...] nos veremos obligados a examinar críticamente, desde un punto de vista marxista-leninista, muchos de los errores derivados del culto a la personalidad que se hallan presentes en nuestros estudios históricos y filosóficos, en nuestra posición económica y en otras ciencias como también en la literatura y en las bellas artes».³

La Ley del reflejo condicional, fundamentada por el fisiólogo ruso Iván Pavlov a partir de sus experimentos en animales de laboratorio, sostenía que los actos de la vida no son más que reflejos. En principio se creó en el orden orgánico, pero más tarde se aplicó también al psicológico. Esta ley fue extrapolada mecánicamente a la teoría del conocimiento, y, como resultado, se le confirió un rol exclusivo, más que decisivo, a la influencia del

Centro Cultural Pablo de la Torriente. Todos los datos que manejo ahí fueron tomados del diario *Noticias de Hoy*, órgano oficial del Partido Comunista donde se le dio gran publicidad a la estancia del artista mexicano).

³ Nikita Khrushchev: «Informe Secreto al XX Congreso del PCUS», 25 de febrero de 1956, Fuente de la versión digital: MARXISMO.ORG

medio exterior sobre el aprendizaje y la conducta de los seres humanos. Esto despojaría al individuo de aportes debidos a la subjetividad, como la meditación, la reflexión y la abstracción; limitaría la actitud consciente e individual de las personas a respuestas preconcebidas ante una influencia que, con carácter instrumental, actuaba cual un Dios todopoderoso, y restringía el papel revolucionario del sujeto a responder a convocatorias de un liderazgo u organización superior.

Cuando Emma Pérez, crítica literaria del diario *Noticias de Hoy*, recomendaba a los lectores cubanos el texto *Conferencias y discursos de Stalin sobre Lenin* —editado en Moscú en 1939 y a la venta en la editorial Páginas, propiedad de Unión Revolucionaria Comunista— decía que contenía «[...] enseñanzas vivas que le roturan a uno la comprensión como un arado surca la tierra».⁴ Esta manera de concebir las influencias, reforzada por el criterio de Stalin de que los artistas eran «ingenieros de almas», visibiliza el carácter instrumental que se le otorgó al arte, a la educación e incluso a la política. Por cuestiones de espacio, solo me referiré a la influencia del estalinismo en el campo de la política.

La práctica política socialista fue permeada de esta seudofilosofía. Los mensajes seguirían la siguiente dirección: emisor-receptor-respuesta, generando relaciones verticales, de «orden y mando», propias del sistema estalinista en la URSS y luego asimiladas a la experiencia de los partidos comunistas en esa época. La obediencia y aceptación de decisiones superiores caracterizó las relaciones entre

⁴ Emma Pérez: «Un precioso libro valioso. Conferencias y discursos de Stalin», *Noticias de Hoy*, 1939.

militantes comunistas. Y ello se unió a la idea de que mientras más enérgico fuera el mensaje y más explícita la voluntad de los líderes, mejores serían los resultados. Los efectos fueron lógicos: del lado de los dirigentes, voluntarismo y prepotencia; del de los dirigidos, obediencia y disciplina.

En el Informe Secreto se reconoce el daño que esa errada perspectiva de dirección les ocasionó: «Esto llegó a tal punto que los trabajadores del Partido, aún en las sesiones de mínima importancia, leían sus discursos. Todo esto facilitaba la burocratización y el aniquilamiento del Partido». Del mismo modo, fue altamente perjudicial para el país. De eso también se habló en el referido documento:

¿La posición adoptada por Stalin descansaba en datos de alguna clase? Claro que no. En tales casos, los números no le interesaban. Si Stalin decía una cosa, tenía que ser así... Al fin y al cabo era un genio y el genio no necesita contar, le basta con mirar e inmediatamente sabe cómo deben hacerse las cosas. Cuando él expresa su opinión, es un deber repetirla y admirar su sabiduría. ¿Pero, cuánta sabiduría encerraba su proposición de aumentar en 40.000 millones de rublos los impuestos de los agricultores? Ninguna, absolutamente ninguna, porque esa proposición no se basaba en un estudio cuidadoso de la situación, sino en las fantasías de una persona que vivía alejada de toda realidad.

Los comunistas cubanos asumieron tempranamente estos hábitos. Para que no crea infundado mi comenta-

rio, recomiendo a Luque la lectura del artículo «Malas costumbres que deben ser desterradas de nuestro Partido», publicado en *Noticias de Hoy* en 1941 y del que reproduzco algunos fragmentos:

Durante los últimos tiempos ha surgido la idea [...] de que es mejor dirigente [...] aquel que es más exigente y enérgico.

Pero [...] no la exigencia y energía al modo que la interpretan muchos compañeros que creen que exigir quiere decir «gritar», ponerse «serios» y ser «duros» y cuando alguien da un puñetazo en la mesa se piensa que es muy enérgico.

Esta opinión [...] procede de que en algunos casos, usando una exigencia extrema, se han conseguido algunos éxitos en la realización de tal o cualquier compañero responsable, sin pararse a analizar sus resultados ulteriores.

Este modo de entender la exigencia ha conducido y conduce a que algunos organismos y compañeros para no buscarse la «bronca» prometen cumplir tareas, que a sabiendas están convencidos que no las van a cumplir [...]

Y esto ha engendrado una mala costumbre. Me estoy refiriendo a la costumbre de prometer para no cumplir [...]

Esta costumbre lleva al compañero que la tiene, a, primero, aplicarla en tal o cual tarea y después a todas las demás, convirtiéndose en un charlatán indisciplinado.

Y ahora no es raro que prometan dos para cumplir uno, y lo más peligroso es que ello se hace

consciente, aceptando de antemano que si se cumple la mitad es un triunfo y que hay que exigir dos si se quiere que se cumpla uno. ¿Desde cuándo es esta la norma de conducta del Partido? ¿Desde cuándo nos engañamos a nosotros mismos? No quiero analizar las consecuencias que esta costumbre pueda traer al Partido, pues pienso que todos los compañeros lo comprenden.⁵

Siete años después de la exhortación del articulista, el poeta y militante comunista Manuel Navarro Luna se quejaba a Juan Marinello del engruimiento y el envalentonamiento de algunos dirigentes del Partido.⁶

El tiempo pasó. En 1959 triunfó una revolución que derivó hacia el socialismo. En 1965 se refundó el Partido Comunista, pero las secuelas de aquellos métodos, vivas en las raíces del viejo Partido, serían incorporadas a las prácticas políticas de la nueva organización.

Mantengo esta opinión aunque contraríe a Luque Zayas Bazán. No soy enemiga de la verdad. Tampoco su dueña. Apenas soy alguien que cada día se informa, lee, indaga y, sobre todo, aprecia la sociedad en que vive, pues la verdad histórica está en permanente construcción pero hay que acercarse a ella sin absolutismos, con honestidad y sentido crítico. A ello lo invito.

⁵ Resultado de la Segunda Asamblea Nacional de URC y publicado bajo la firma de Rubén Calderío el sábado 23 de agosto de 1941.

⁶ Carta a Juan Marinello, 7 de noviembre de 1948. Fondo Manuscrito Juan Marinello, no. 623, Sala Cubana, Biblioteca Nacional José Martí.



Diferentes modos de cabalgar

Gracias a un forista de LJC descubro un blog denominado PostCuba en el cual me mencionan mucho últimamente. A sus creadores solo puedo decirles esto: necesitan con urgencia un editor.

Marco Velázquez Cristo es el autor de esos textos. De *El Adelantado* Diego Velázquez asume la prepotencia del colonizador, con una diferencia notable, su meta es más ambiciosa pues no intenta conquistar territorios, sino verdades. Las reminiscencias del segundo apellido distan mucho del amor, el respeto y la armonía a las que invitara el hijo de Dios, y recuerdan más a la agresividad de los cruzados y a la repetición constante de los libros sagrados.

Indagué sobre él, pero me explican algunos amigos que estos nombres son en verdad seudónimos de un grupo de personas cuya función es combatir cualquier idea que se aparte de la norma oficial. Pudieran ser denominados entonces Agentes Cubanos del Ciberespacio (en lo adelante ACCE) y entiendo su anonimato, si yo escribiera de esa forma también ocultaría mi identidad.

Los textos producidos por los ACCE son muy predecibles, casi modélicos, cuando los analizas se revela que todos comparten una estructura que, con pocas diferencias, presenta los siguientes segmentos: 1) Descalificación, 2) Descontextualización, 3) Apelación al principio de autoridad y 4) Falta de calidad escritural. Veamos los escritos de MVC como un estudio de caso.

1) Descalificación: Este no es un aporte del autor y sus orientadores, sino una estrategia muy manida a la que dediqué mi primer post en LJC. Como mismo existe un arte del buen decir también existe un arte del buen insultar; que alguna diferencia debe evidenciarse entre una polémica ideológica y una trifulca de bares y cantinas. Recomendando a MVC que localice una de las disputas más subidas de tono en la historia de las ideas republicanas, no solo por el vocabulario utilizado sino por la calidad de los argumentos esgrimidos. Los implicados: Raúl Roa y Raúl Maestri. Aprenda de ellos, estimado Velázquez, hasta para ofender hay que poseer cultura, y civismo. Manifieste, en estos tiempos de blogosfera, que la Revolución ha favorecido la instrucción y educación formal de los cubanos, y no exteriorice lo bien que le sienta a usted esta crítica de Raúl Castro: «Hemos percibido con dolor, a lo largo de los más de veinte años de Período Especial, el acrecentado deterioro de valores morales y cívicos, como la honestidad, la decencia, la vergüenza, el decoro, la honradez y la sensibilidad».¹ (A esto se le llama «tomar una taza de su propio chocolate»).

2) Descontextualización: MVC hace gala de un acto de escamoteo usual en la prensa cubana: referirse a las opiniones de otras personas empleando citas fuera de contexto para darles un

¹ Intervención de Raúl Castro en la Primera Sesión Ordinaria de la VIII Legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular, el 7 de julio de 2013. (Versiones Taquigráficas- Consejo de Estado).

sentido diferente al que pretendieron sus autores, citar incorrectamente, fragmentar un análisis a conveniencia, etc. Los ACCE deberían ubicarse mejor en que el mundo de internet no es el de nuestra prensa escrita. En el ciberespacio simplemente se establece un vínculo para que quienes visiten su blog accedan a la información completa. Es lo que hago yo con los escritos de MVC, aunque no sé si los lectores de LJC me lo perdonarán. De manera tal, los interesados lograrán construir sus propios criterios. Pero no creo que esa sea la pretensión de MVC, los ACCE nunca confían en la independencia del pensamiento, es un pecado en su mundo.

3) Apelación al principio de autoridad: En el medioevo, ante la disyuntiva entre la fe y la razón se enrumbaba el primero de esos caminos. Cualquier discusión terminaba cuando se apelaba a las santas escrituras o a los escritos de los padres de la iglesia. En el mundo de los ACCE son otros los textos, pero su carácter sagrado parece mantenerse. Veán sino la forma en que son tratados por MVC: «Para acabar de evacuar sus “dudas” doy la palabra a Fidel», «cedo la palabra al Comandante en Jefe», «Dejo que Fidel le explique algo a esta docta “intelectual”», etc. Si algo debieran aprender de Fidel es la vasta cultura que poseía y que siempre se bastó para ofrecer *sus* argumentos. Además, en buena lid están plagiándolo, hagan su tarea compañeros ACCE, no cedan más la palabra y hablen ustedes, si es que tienen algo que decir que no sea proferir insultos y amenazas.

4) Falta de calidad escritural: En tal sentido los textos de MVC son un paradigma. Se nota su desprecio por todo lo relacionado con el ámbito intelectual y académico, pero... ¿rechazar conocimientos que los escolares deben dominar desde la enseñanza primaria, como las reglas de acentuación y las de puntuación?, ¿crear palabras que no existen? (el mejor ejemplo: erudicialmente por eruditamente), ya esto es exagerado. Hagamos un pacto, les propongo un Curso de gramática, ortografía y redacción para ACCE. Podremos entendernos mejor, sino ideológicamente, al menos en la lengua de Cervantes.

Estos aguerridos gladiadores del ciberespacio semejan una banda de galgos tras los talones de aquellos que se atreven a disentir de lo considerado políticamente correcto, de los que plantean ideas porque tienen ideas que plantear. Pero como dijo el Quijote a su escudero, «si ladran Sancho es que cabalgamos».

Su cabalgadura es más peligrosa. Un proverbio hindú asegura: «el que cabalga un tigre no puede descabalgarse», y se aplica a las personas que persisten en un error o una mentira de tal magnitud y por tanto tiempo que no es posible dejar de actuar sin que sufran las consecuencias de sus acciones. Entonces sigan montados en su tigre de mentiras y medias verdades, recitando sus libros sagrados, con su odio por la cultura y los intelectuales. Veremos quién llega más lejos con esos modos diferentes de cabalgar.



Ni con hechiceros ni con caciques... con la tribu y sin permiso de nadie

Esta es la segunda vez que cumplo el deber cívico de polemizar con Carlos Luque Zayas-Bazán. No me molesta hacerlo, es un ejercicio aportador para ambos pues en el intercambio de opiniones se puntualizan enfoques y se esclarecen malentendidos.

En la primera ocasión me acusó de «enemiga de la verdad», un auténtico eufemismo para decirme mentirosa. Ahora, en su texto «El hechicero de la tribu, con permiso de Atilio Borón», me representa como una persona que se cree superior al pueblo por la utilización de la frase, para él «infeliz» de que «Los intelectuales hemos incumplido durante décadas el rol de conciencia crítica que nos correspondía», tesis que afirmo en el artículo: «Los intelectuales y sus retos en la época actual».

Si por el término en cuestión Luque considera que juzgo al intelectual como un ser superior, «juez repartidor de los premios y castigos», que mira al pueblo desde la altura de su inteligencia, refugiado en una especie de caverna de las ideas de Platón, en un cuartel general del conocimiento; quiero tranquilizarlo en ese punto. Acepto, al igual que Antonio Gramsci, que:

Es preciso, por tanto, demostrar, antes que todo, que todos los hombres son «filósofos», y definir los límites y los caracteres de esta «filosofía espontánea», propia de «todo el mundo», esto es, de la filosofía

que se halla contenida: 1) en el lenguaje mismo, que es un conjunto de nociones y conceptos determinados y no simplemente de palabras vaciadas de contenido; 2) en el sentido común, y en el buen sentido; 3) en la religión popular y, por consiguiente, en todo el sistema de creencias, supersticiones, opiniones, maneras de ver y de obrar que se manifiestan en lo que se llama generalmente «folklore».¹

La diferencia entre los intelectuales y las personas que no lo son, no radica estrictamente en su nivel de instrucción. En mi vida profesional ha sido decisivo el ejemplo de mi padre, un obrero mecánico que tiene hoy setenta y ocho años de edad. De él adquirí el amor por la lectura, una buena ortografía y la costumbre de cuestionarlo todo. No entiendo que la naturaleza de un trabajo sea mejor o peor. Los factores que pueden tornar embrutecedora una tarea son las condiciones en que ella se desempeña y la retribución que se perciba por hacerla. Toda labor dignifica. Lo indigno es no poder vivir del fruto del trabajo que realizamos.

Luque nos ilustra en cuanto a la división social del trabajo y desliza la siempre útil insinuación del pecado original: «hay alguna diferencia entre sudar en el surco y sudar leyendo y pensando o buscando en el ordenador». Depende, estimado amigo, depende de las condiciones.

Quizás en Chile, donde me dicen que usted reside, sea esta la relación arquetípica que se establezca. Pero

¹ «Todos somos filósofos», *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Ediciones Revolucionarias, La Habana, 1966, p. 11.

yo vivo en Cuba, razono desde mi circunstancia y desde mi experiencia. Y mientras redacto en el ordenador la oponencia a una tesis doctoral que contribuirá a la formación de personal calificado, reviso investigaciones como tutora o escribo un artículo para una revista científica cubana; estoy haciendo trabajo voluntario de manera altruista, pues en nuestro país ninguna de esas actividades especializadas se paga, al menos hasta hoy.

Sin embargo, un campesino, también como fruto de su labor consagrada y honrada, puede ganar, vendiendo varias cajas de viandas, lo que podrían ser todos mis salarios de un año. De modo tal, hay que ser más reflexivo cuando se valore el desempeño de un tipo de actividad, física o intelectual, para adjudicarle etiquetas que simbolizen en ellas actitudes más o menos revolucionarias.

Pero volvamos al argumento de la *conciencia crítica*. En mi opinión, esta trasciende una cuestión de intelecto y se encamina hacia la actitud cívica del sector de la intelectualidad, condición que lo lleva a participar activamente en la vida política de sus países y a influir sobre sus contemporáneos.

Si volvemos la mirada a la historia universal y nacional, constataremos que ha sido eminentemente el sector de la intelectualidad, más preparado que otros para reaccionar enérgicamente ante los mecanismos de dominación —dadas su formación jurídica, filosófica, histórica, sociológica, antropológica, etc.—; el que detentó un liderazgo político y encabezó las demandas de transformación, por vías pacíficas o armadas. Hay excepciones, es cierto, pero ellas confirman la regla.

No afirmo con esto que un verdadero movimiento de cambios pueda ser exclusivamente intelectual, eso

sería elitismo puro y negación del papel decisivo de las grandes mayorías. Pero esas mayorías han necesitado, por lo general, del intelectual como líder.

Varela, Céspedes, Agramonte, Martí, Mella, Villena, Guiteras, Fidel. Fueron todos intelectuales que se inmiscuyeron activamente en la vida política de sus respectivas épocas, a veces rompiendo no solo con el poder, sino con el modo de hacer política de sus predecesores.

La dualidad del intelectual-político se fragmentó en los modelos de socialismo burocrático. Allí se le exigió al sector una lealtad monolítica, que fue debilitando el ejercicio del pensamiento crítico, esa «conciencia crítica» que deplora Luque. Especialmente los intelectuales vinculados a las ciencias sociales, ámbito político de sí, fueron apartados de cualquier aportación. Es sintomático que tras la muerte de Lenin el marxismo soviético no diera mucho más allá en su evolución teórica. Las mayores aportaciones vinieron de pensadores que vivían en contextos capitalistas.

En nuestra Isla, los intelectuales marxistas que comenzaron a debatir la teoría, nucleados alrededor de la revista *Pensamiento Crítico*, fueron apartados de sus funciones y, durante años, movidos como personas *incomodas* de una institución a otra.

La misma afirmación de Luque: «No dejemos de mencionar aquí a los políticos, esa otra función intelectual y otras muchas subespecies que no vienen al caso», demuestra su confusión al verlos como algo diferente. ¿Qué era Martí, intelectual o político?, ¿qué fue Fidel?

Entre nosotros el intelectual fue dejando de ser político y, desgraciadamente, el político dejó de ser intelectual y se fue consolidando como una clase burocrática,

instruida pero no calificada ni para improvisar un discurso. Fernando Martínez Heredia alertaba que cuando el marxismo se convierte en una ideología de Estado, va mutando de un mecanismo de liberación hacia una ideología de dominación. En esa metamorfosis la intelectualidad cubana tiene una gran responsabilidad. Su incondicionalidad la fue separando de su función política, que es mucho más que aplaudir y apoyar consignas, y le dejaron esa ocupación a la burocracia.

En los albores de las relaciones humanas, los hechiceros de la tribu eran los encargados de explicar aquellos aspectos del entorno que no eran comprendidos. Creaban así una ilusión de realidad. Su otra función era reverenciar a los caciques. Hechiceros y caciques serían el núcleo de las futuras clases sociales gobernantes.

Aquí el discurso ha encubierto muchas veces a la realidad y los intelectuales lo hemos permitido por dos razones: acatamiento acrítico o conveniencias personales. Dejamos de ser políticos y tenemos que recuperar esa función. Esa era mi meditación, más que llamamiento o manifiesto como dice Luque. En ese punto coincidí autocríticamente en que hemos sido una especie de hechiceros, aunque no por las mismas razones que esgrime él.

Índice



Desde que Shakespeare escribió...Harold Cárdenas Lema / 9

La Joven Cuba y yo / 13

La honestidad de la censura /19

El 68: continuidades y rupturas /23

La revolución contra todas las revoluciones /26

Ser y parecer /30

Legado incompleto /35

Lo novedoso /39

Lecciones de tolerancia /43

¿Fines sin medios o medios sin fines? /46

Útiles remembranzas /51

La última lucha de Lenin /55

Antiguas costumbres /61

El 2000 y el 2030 /64

Asignatura pendiente /67

Los fraseólogos revolucionarios /71

Diálogo generacional: necesario pero... ¿posible? /74

El orden de los factores /77

Amigos sin barreras /80

Los 200 años de Carlos Marx /83

Sentir la libertad /86

Disonancia /90

El problema /94

Fábula nueva /98

Gazapo filosófico /104
El gran círculo /108
Osadía colectiva /113

Bienvenida la polémica /119
La Bastilla ideológica /123
El ojo de Sauron /125
Los múltiples rostros del estalinismo /129
Diferentes modos de cabalgar /137
Ni con hechiceras ni con caciques...en la tribu y sin
permiso de nadie /141



Esta edición consta de 500 ejemplares
y terminó de imprimirse en agosto de 2019
en los talleres de Ediciones Matanzas.

Se emplearon las tipografías

Book Antiqua y CG Times

Impresión: *Leonel Betancourt Álvarez*

Encuadernación:

Eida Rosa Casado, Alberto Florido y Manuel Roig

Publicidad: *Jacqueline Méndez*